



HEMEROTECA  
MUNICIPAL  
MADRID

# Crónica de ambos Mundos.

REVISTA QUINCENAL

DE POLÍTICA, LITERATURA, CIENCIAS, INDUSTRIA Y COMERCIO.

AÑO II.

VIERNES, 10 DE MAYO DE 1861.

NÚM. 9.

## ADVERTENCIA.

Empezamos rogando á nuestros suscritores dispensen la falta de regularidad en la publicacion de la Crónica.

En el año que lleva de publicacion hemos dado pruebas de exactitud, que la garantizan para el porvenir.

La necesidad de que el papel sea igual al de los números anteriores, para que al encuadernar el tomo no difiera, y la escasez de él, que todas las empresas literarias sufren, han ocasionado el retraso, que no hemos podido evitar, ni aun con los gastos y sacrificios que llevamos hechos.

Contratos ya verificados con alguna fábrica extranjera, nos aseguran que no volverá á faltarnos aquel artículo, y la Crónica entrará de nuevo en su regularidad acostumbrada.

Contamos con la benevolencia de nuestros suscritores, quienes escusarán estas faltas, ajenas á nuestra voluntad.

## SUMARIO.

Crónica general.—De la Censura de novelas y de su inutilidad, por D. M. Murguía.—La Moneda, por D. Juan Bautista Cantero.—Bosquejo de la historia del arte, por D. Andrés Borrego.—Tratamiento homeopático, por D. Ricardo Molina.—Luis Velez de Guevara, por D. Federico Villalva.—Cantos de Moises y los israelitas, despues del paso del mar Rojo (traduccion del hebreo), por D. Timoteo Alfaro.—El Bálsamo de las penas, por doña Angela Grassi.—Revista de Madrid.

## CRÓNICA GENERAL.

### I.

La ley de imprenta, cuya discusion quedó pendiente en la anterior quincena, ha sido el asunto mas importante de que se ha ocupado el Congreso en la que acaba de terminar. Si hubiera de juzgarse del resultado de este debate por el efecto que han producido los razonamientos de los mantenedores en la tribuna del proyecto del gobierno, así en los diputados como en el país, indudablemente pudiera tenerse por segura una gran derrota para el ministerio; pero como tenemos motivos suficientes á estar acostumbrados y á ver en la Cámara la razon á un lado y los votos á otro, no nos hubiera estrañado que si las sesiones hubiesen continuado, estuviera ya aprobada la nueva ley de imprenta.

Vehementes eran los deseos del gobierno de que se pusiese en vigor, al decir de sus órganos en la prensa; queria á todo trance librarnos de la tiranía de la ley vigente; pero á pesar de ello y de que aspiraba tambien á que el proyecto de ley de gobierno de las provincias quedase sancionado, se ha visto, por una ó varias de aquellas contrariedades inevitables, en la precision de suspender las sesiones de las Cortes, y de dejar, por lo tanto, para el otoño sus deseos de ver en vigor una y otra ley.

Los ministeriales atribuyen el suceso al apuro en que los diputados han puesto al ministerio, ausentándose en gran número de esta corte, de tal modo, que no quedaban ya los que con arreglo al reglamento son necesarios para votar leyes; pero los que no lo son opinan de distinto modo.

En primer lugar, demuestran con las listas de los diputados que estaban aun aquí el día en que apareció el decreto de suspension, que habia los suficientes para aquel objeto; en segundo, afirman que les consta que la mayor parte de los fieles soldados de la mayoría, que han abandonado sus filas, retirándose á cuarteles de verano, lo han hecho en virtud de indicaciones, ó llámense órdenes del gobierno, y ponen en evidencia que, al mismo tiempo que los diputados gubernamentales se han ido, los de las oposiciones continuaban en sus puestos.

A parte de ello, que por sí solo basta y sobra para comprender que el pretesto del gobierno ha estado muy mal buscado, han hecho comprender que no ha sido esta, sino otras contrariedades de índole muy diversa, las que han obligado al gobierno á acordar la suspension.

Dos rudos golpes acababa de sufrir el gabinete en el Parlamento; uno con la interpelacion acerca de la conducta que habian seguido las autoridades militares de esta corte en cierto célebre proceso, conducta que anula por sí sola el artículo de la Constitucion, que garantiza la libertad individual, y otro con otra, sobre el estado en que se hallaba el cada vez mas célebre asunto de cuántas eran las gracias concedidas, desde que están reunidas las actuales Cortes, á los diputados de la mayoría.

Malisimamente parado salió de aquella; pero de esta no pudo salir; quedó de tal modo corrido, y quedaron en tal lugar sus huestes de la mayoría, que desde luego se comprendió que era necesario desimpresionar la opinion pública y hacer que el país apartase la vista de un Congreso en que habia cosas como las que en la interpelacion salieron á relucir, y del gobierno que las llevaba á cabo.

Resultó, en efecto, del debate, que además del gran número de diputados que tenian destinos cuando fueron elegidos, habian recibido gracias, desde que las Cortes se hallan reunidas, nada menos que ochenta y dos representantes del país; que á pesar de que con arreglo á la ley debian quedar sujetos á reeleccion muchos de los agraciados, ni el gobierno habia dado cuenta al Congreso de los que lo habian sido, como era necesario que lo hiciese, para que se procediera á esa ree-



lección, ni el Congreso se había tomado la molestia de acordar que estaban sujetos á ella aquellos pocos, poquísimos, de quienes se les había dado noticia oficial de los alhagos ministeriales que habían recibido; y que continuaban votando y constituyendo esa gran mayoría que decidía todas las cuestiones, personas que, estando sujetas á reelección por la ley, no eran ya diputados.

Las consideraciones que de ello se desprendían, y los comentarios que hizo el país, á propósito de estas revelaciones, no podían ser, como á primera vista se conoce, muy favorables, ni á las Cortes, donde tanto había tapado, ni al gobierno, que para gobernar tenía que atraerse á fuerza de destinos y de condecoraciones los votos de los diputados.

Pero no era esto solo.

La comisión del Senado, que entiende del proyecto de ley de gobierno de las provincias, era de tal modo hostil al pensamiento del gobierno y á lo resuelto por el Congreso, que se temía que su dictámen fuese enteramente contrario á lo que aquel deseaba y á lo que este había votado.

Todos los puntos que dieron en la Cámara popular motivo á los debates mas acalorados, y que fueron, no obstante, la copia de argumentos aducidos en contra del deseo ministerial por las oposiciones, habían sido examinados y resueltos por la comisión, en el sentido mismo de las oposiciones y en contra de lo que el gobierno y sus campeones de la mayoría sostuvieron en la Cámara electiva.

Ni recomendaciones, ni consideraciones de los conflictos que pudieran surgir de su conducta, ni ruegos del gobierno, nada era bastante á variar el proyecto de esa comisión de dar un dictámen contrario á lo que el gabinete pretendía.

Por otra parte, la oposición llamada de los disidentes, que ya había roto lanzas con el gobierno en el Congreso, se organizaba y engrosaba sus filas de día en día en el Senado, á las órdenes del Sr. Pacheco. Completa inteligencia había entre ella y la de la otra Cámara, y no aguardaba mas que una ocasión propicia, como lo sería la discusión de la ley de gobierno de las provincias, para presentarse ante el país franca y desembozadamente.

Si el gobierno no podía tolerar que su ley sufriese tal embestida de la comisión, mucho menos podía llevar con paciencia que el país supiese que no era tan solo en el Congreso donde había *disidentes*, sino también en el Senado, y que fuera creyendo que no debía ser ya muy buena la marcha política del gabinete, cuando de tal modo se oponían á ella los mismos que hasta entonces habían sido ministeriales.

En último término, dos cuestiones de la mayor importancia había pendientes, á mas de la de la ley de gobierno de las provincias; la de Méjico y la de la reforma constitucional. Sabido es el temor que tiene el gobierno á esta, y notorios los muchos motivos que le asisten para no querer que se difunda la luz sobre los asuntos de Méjico, en que tantos y tan graves desaciertos se han cometido. Pues bien, estas dos cuestiones iban á salir á plaza en toda su magnitud. Dos pro-

posiciones se presentaron en un mismo día sobre ellas, la una en el Congreso y en el Senado la otra; al mismo tiempo, y cuando mas embarazado se encontraba el gabinete con la actitud de aquella comisión, iba á verse duramente atacado en una y otra Cámara.

La cosa urgía, la catástrofe era inminente, estaba visto que ambas Cámaras marchaban de acuerdo, que las oposiciones eran prepotentes, y el remedio debía ser heroico; no vaciló el gobierno en aplicarlo, y sacrificando á su conservación la conveniencia de que el país continuase interviniendo, por medio de sus representantes, en los asuntos públicos, decretó de plano y precipitadamente la suspensión de las sesiones de las Cortes.

De modo que, recapitulando, pueden reducirse á cinco las verdaderas causas de la suspensión; el debate de las gracias, la actitud de la comisión del Senado, la oposición, próxima á manifestarse, de la alta Cámara, la proposición sobre los asuntos de Méjico y la referente á la reforma constitucional.

Con este final suceso han terminado los parlamentarios de la quincena. Entre los extraparlamentarios figuran dos en primera línea; la destitución del señor Pacheco del cargo de embajador en Méjico, y el banquete dado por la prensa de oposición, como en protesta de la manera con que el gobierno quería, so color de sacarla del Scilla de la ley de imprenta de Noce dal al Caridbis de la que él ha hecho.

Con dificultad podrá presentarse cosa mas curiosa que esa destitución. Había estado en Méjico el señor Pacheco, desempeñando su embajada á satisfacción del gobierno; había roto con Juárez, y vuelto como volvió á España con su aprobación y colmado de los elogios de la prensa ministerial; los mejicanos, comprendiendo que habían obrado con lijereza, se prestaban á dar explicaciones; y cuando todo iba así, y debía reinar la mejor armonía y buena inteligencia entre el gobierno y el embajador, viene la tal destitución á caer como una bomba en medio del país, cada vez mas admirado.

No se sabe qué admirar más, como decíamos en nuestro *diario*, si la oportunidad del Sr. Pacheco, haciendo dimisión del cargo de embajador, que ya no tenía, ni podía tampoco volver á tener, porque cualquiera que fuese la solución del asunto, no podía pensarse que fuera nuevamente á Méjico, ó la del gobierno, esperando á que hiciese dimisión de ese mismo cargo para destituirlo; pues como es sabido, esa dimisión precedió algunos días á la destitución, que se hizo en vista de ella. El Sr. Pacheco dimite un cargo que ya no tiene, puesto que había tronado la embajada; el gobierno lo destituye de un cargo que ya no tenía, puesto que lo había dimitido. El Sr. Pacheco espera á no ser embajador para dimitir; el gobierno á que dimita para destituirlo. ¡Oh oportunidad!

Preséntase como causa del suceso, la negativa del señor ministro de Estado á declarar que los mejicanos habían espulsado, no al Sr. Pacheco, sino al embajador de España, declaración que el Sr. Pacheco exigía; con motivo de ella se cruzaron algunas epístolas entre el embajador y el ministro; de ellas se originó la di-



mision, y de la dimision la destitucion. Toda una historia.

En el banquete de la prensa estuvieron representados todos los periódicos de la oposicion liberal. Reinó en él la mayor armonía; resonaron las elocuentes voces de nuestros mas distinguidos escritores, y se tributó á la institucion de la prensa, tan mal tratada y perseguida por los gobiernos, un homenaje más.

## II.

Despues de los acontecimientos de que dimos cuenta á nuestros lectores en el último número de la *Revista*, pocas han sido las noticias de trascendencia que se han sucedido.

La atmósfera política sigue preñada de nubes como hasta aquí.

Se hacen mil versiones diferentes sobre la marcha que imprimirán los sucesos á la política vacilante de algunas potencias, y en último resultado, todas pueden calificarse de aventuradas, porque los hombres de estado del día, en vez de dirigir los acontecimientos, esperan de ellos la iniciativa, para obrar despues segun mejor les convenga.

De aquí la especie de marasmo que se nota. Todos se hallan á la expectativa, y nadie se atreve á iniciar la guerra, que, á no dudarlo, surgirá de las cuestiones que hoy se agitan.

El país que llama siempre la atencion es la Italia, porque se comprende que todo lo que allí ocurre conduce lenta, pero fatalmente, á la solucion que hace tiempo tenemos anunciada. Vemos las tropas francesas, cuya mision era solo proteger al Papa, convertirse en vijilantes y tutoras del gobierno pontificio, despues de las tentativas de insurreccion que estallaron en las provincias napolitanas. Y ¿cómo no habia esto de suceder, cuando la corte de Roma continúa mezclándose mucho mas de lo que conviene, en los asuntos temporales? Roma es el verdadero centro de todos esos manejos reaccionarios que agitan la península y se estienen por toda Europa en ramificaciones subterráneas.

La respuesta que Mr. de Cavour ha dado á Mr. Tecchio sobre el asunto del Véneto, tiene bastante importancia para hacer reflexionar á los hombres pensadores. A primera vista se comprende que la línea del Mincio, aun cuando pueda ser necesaria al Austria, no es de ninguna utilidad para Alemania, ni bajo el punto de vista estratégico, ni bajo el económico. Los Alpes son la verdadera línea de demarcacion entre ambos países, y la amistad de Italia es una garantia de paz mas segura que las fortalezas austriacas. Muy poco ó nada puede esperarse de una dominacion que, despues de haber arruinado á Venecia, está ahora arruinando á Trieste, porque no puede sostener la concurrencia con los puertos italianos. Ni puede tampoco considerarse asegurada la paz en Europa, mientras el Austria tenga puesto el pié en el suelo italiano.

Los hombres de gobierno de aquel país, que ha sido el opresor de la Italia, no se hallan tampoco de acuerdo sobre la marcha que deben adoptar. Se habla de crisis ministerial, provocada por el diferente modo de pensar de los miembros del gabinete, con respecto á la

cuestion de Hungría. No se crea que por esto los austriacos dejan tranquilos á los húngaros. Segun las correspondencias de Pesth, la contribucion decretada por el emperador, y que la Dieta ha declarado ilegal, negándose á pagarla, se exige militarmente á los habitantes de los pueblos. Los ánimos se exasperan, y pobres y ricos abandonan sus casas, primero que pagar un tributo ilegal por todos conceptos. Todavía no ha llegado el Austria á las vías de hecho, y dudamos que se atreva á emplear abiertamente la fuerza, pues hasta ahora á todos esos arranques de represion y de energía, han seguido siempre las debilidades y las concesiones forzadas.

Háblase de reconciliacion entre Austria y Prusia. Los periódicos de Viena, dando la noticia por cierta, meten con ella un ruido extraordinario. El asunto de la reforma de la Constitucion militar de la Confederacion germánica, ha sido la piedra de toque de esta especie de *reprochement*, como dicen los franceses.

El gabinete de Viena quiere á toda costa que la Prusia se comprometa á los ojos de la Alemania. Para esto, insinúa que aquella ha puesto á su condescendencia un precio tal, que por consideracion á ella misma, no se atreve á revelarlo. Por su parte los diarios prusianos, hablan exactamente en el mismo sentido respecto del Austria. Entretanto, los Estados de Wurzburg se agitan para formar una tercera potencia con su ejército correspondiente, pero ya la division se ha introducido entre ellos, y la conferencia del Sonderbund alemán, que debe abrirse en Wurzburg, espera en vano á los representantes de Bade, de la Nepe Electoral, de Sajonia y de Hanovre, cuya ausencia hará fracasar todos los proyectos.

Las dos potencias rivales se han entendido por fin, y se hallan de acuerdo en la cuestion de Siria. El *Morning Chronicle* confirma la noticia de esta reconciliacion de Francia é Inglaterra, y al hacerlo, se espresa en estos términos:

«Los gobiernos de ambos países han tenido el buen sentido de comprender que una desavenencia sobre esta cuestion, hubiera sido una locura escesiva, y habria podido tener deplorables consecuencias para los dos en el estado actual de Europa. Se han hecho, pues, mutuas concesiones. Inglaterra, por complacer á Francia, ha consentido en que no haya mas que un solo Kaimakan en el Líbano, y Francia, para contentar á Inglaterra, ha convenido en aceptar el candidato que presente la Gran Bretaña. Los comandantes de las escuadras de ambos países, en Siria, han recibido iguales órdenes é instrucciones, previniéndoseles que obren siempre con cordialidad y de comun acuerdo.»

Esta reconciliacion, que muchos temian no se realizase, ha venido á despejar un poco la atmósfera política de las nubes que la cargaban; pero no creemos que baste para conjurar la tormenta.

Apenas si los periódicos han tenido tiempo de registrar este acontecimiento, y ya se habla de negociaciones entre Inglaterra y Austria, encaminadas á concluir una especie de alianza. Y si damos crédito á ciertos rumores que han circulado estos días, muy pronto estallará la guerra, hallándose de un lado Inglaterra, con



mo causa de nuestros males presentes, lo que no es mas que uno de sus efectos. ¡Persiguen una sombra!

Segun los que acusan este género de literatura, la novela es madre fecunda de todo cuanto de impio, inmoral y subversivo fermenta en el seno de la actual sociedad; Jorje Sand relajó los estrechos lazos que deben unir á los esposos, Sué sublevó los pobres contra los ricos, Balzac hizo la apoteosis de los vicios en Werther, Obberman y René, se ha aspirado el disgusto de la vida, y en todas las demás novelas se acostumbro el espíritu á lanzarse á las desconocidas regiones de los sueños. ¡No pueden ser mas terribles los cargos! ¡Pero es cierto que la novela haya producido semejantes frutos? No queremos saberlo, ni nos importa, puesto que creemos que el mal está en la sociedad actual, y que en vano se trata de atajarlo, puesto que nosotros mismos ignoramos lo que es el mal y el bien, si está á nuestra derecha ó á nuestra izquierda.

Todas las acusaciones que se han lanzado, á nuestro modo de ver injustamente, contra la novela contemporánea, están formuladas con sobrado talento en el libro de E. Poitou, y en verdad que es imposible llevar mas allá el sofisma. En España un ministro, harto célebre por cierto, por sus torpezas políticas, lanzó tambien desde la academia su anatema contra la novela que desconoce, y cometió tales desatinos, que no sabemos decir si la ignorancia fué madre de aquellas desgraciadas páginas, en que la hinchazon de la frase cubre la falta del saber, ó fué un sentimiento, que no queremos calificar ahora, quien dictó al ex-ministro académico sus acusaciones contra la novela contemporánea.

Poitou no ensalzó lo antiguo para deprimir la novela actual, porque sabia muy bien que ante las *Memorias* de las cortes de Luis XIV y Luis XV, tan inmorales en el fondo como en la forma, palidecen las novelas mas obscenas; porque sabia muy bien que Ninon de Lenclos escribió en el reinado del gran rey sus *Cartas*, y que madame Maintenon, que se habia hecho devota, lo mismo que el rey cristianísimo, la llamaban su querida amiga. ¡La cortesana impúdica! Pero en nuestra patria se fué mas allá, y se habló de nuestra novela antigua como de una cosa digna de estima. ¿A quién creeria que hablaba el sábio y escelentísimo académico? ¡La novela antigua, la novela de doña María de Zayas! Pero esto no fué bastante, y en los tiempos en que todos quieren ver algo útil en cada libro, en los tiempos en que la literatura tiene que ser de *intencion*, si ha de llenar su verdadero objeto, es cuando se lanza el anatema contra ella, y se dice que lo antiguo vale mas, porque *solamente se proponia deleitar*: no habian llegado hasta ella las pasiones políticas, y ninguna teoría estraña y atrevida venia á sorprender al lector en medio de aquellas escenas de comadres y truanes groseros, pintadas con entera verdad y colorido por nuestros antiguos escritores. Sin embargo, ¿sábese acaso si á no sofocar toda idea novadora la censura y la inquisicion, hubieran sido tocados los autores de la edad de oro de nuestra literatura del mismo mal que hoy nos aqueja, al decir de ciertas gentes? Cervantes, á quien siempre se cita, es cada dia mas grande, por-

que cada dia se descubre que cada palabra y cada escena encerraban una leccion viva y picante para la sociedad en que vivia, y, especie de Fausto de un siglo que no comprendió el espíritu de tan gran epopeya, fué *D. Quijote* una aspiracion noble y santa, que tuvo en Sancho un Mefistófeles mas risueño y no menos malicioso.

¡Rechazar la novela actual, porque enseña y deleita al mismo tiempo! ¡Rechazarla, porque viste con hermoso traje ideas que se asegura no deben llegar hasta el vulgo, al preparado para recibirlas!... ¡qué locura! La censura de novelas no basta para contener el mal, como le llamaís; el torrente se desborda, y para contenerlo se opone un dique mezquino y miserable á uno de los brazos de agua mas ignorado y mas débil que viene á engrosar la corriente. La medida es salvadora, desde hoy no podrá hacer mucho la novela; pero ¡ay! que al libro de ciencia le es dado todo, que todo puede controvertir, que todo puede poner en duda, y lanzar al mundo atónito una palabra que conmueva en sus cimientos la sociedad, y, sin embargo, ese libro no tiene censura, no puede tenerla. ¿Qué criterio, qué ciencia dirá á la ciencia: no pases de ahí, vas mal, no puedo, no debo dejarte proseguir? ¡Ah! ¡la falta de lógica nos arrastra á muy estrañas conclusiones, y hé aqui que la justicia y la buena fé no son en verdad los dioses tutelares de ciertas gentes!

El mundo camina á su ruina, esclaman; ¡todo se cambia, viento de trastorno sopla sobre la sociedad, unámonos los buenos contra los impios, pues que los filisteos amenazan echar por tierra el templo del Señor!... Y no hubo injuria que no profiriese su lengua, echaron lodo y maldiciones sobre el que iba por el verdadero camino, y achacaron el mal y la desgracia de nuestra edad á los que llaman prevaricadores. En vano abre la historia sus páginas; para ellos tienen diferente sentido sus palabras; en vano les dice que la Roma del imperio ha presenciado toda clase de torpezas, que la Roma del siglo medio fué llamada la nueva Babilonia, y aun no se han olvidado las escenas de la regencia, que abrieron las puertas á la revolucion; en vano es todo é inútil, nuestra generacion es la pobre, la meretriz, la atea, la trastornadora, y no vale, ciertamente, que el Señor descargue sobre ella el peso de sus iras.

La imaginacion desbocada y enferma ocupa el lugar del recto juicio, la novela y el teatro nada santo perdonaron y, levantando el crimen del fango en que se revuelve, le ha divinizado, rehabilitando las prostitutas, santificando el robo, concitando contra el rico y el poderoso las malas pasiones de los pobres. Creemos que Mr. Poitou ha dicho todo esto, en nombre de los que piensan como él, renegando por lo mismo de la literatura de *intencion*. Sue, Balzac, Sand y algunos escritores mas le han dado preciosos materiales para levantar el edificio de sus acusaciones, y jamás libro alguno de semejante género se llevó á cabo con mayor talento y mas habilidad. Pero ¡cuán útil es que los enemigos de la libertad de pensar (no pueden tener otro nombre los que reclaman la prévia censura, sea para el libro que quiera) sean tan honrados que alguna vez siquiera rindan culto á la verdad!



Mr. Poitou, el primero que se atrevió á formular y lanzar el anatema contra la novela moderna, asegura que cuanto malo fermenta en el seno de nuestra sociedad es hijo legítimo de nuestra mala literatura: el disgusto de la vida, la exaltación de las pasiones, el fraude, el intransigente y soberbio individualismo son sus verdaderos frutos; nuestra sociedad y nuestra literatura son dos infames meretrices que llevan descaradamente en su rostro las señales del vicio, se glorían de él y marchan juntas á perderse en el abismo del trastorno general.

Esto dice el escritor francés; pero ¡con cuánta sorpresa se lee la segunda parte de este libro original de que nos ocupamos, y en donde se ve que la una mitad desmiente la otra! La mas grande satisfaccion nos ha cabido al ver que la verdad penetra en todos los nobles corazones, y que cuando nuestros enemigos oyen á su razon, llegan por diferente camino adonde nosotros estamos, y ciertamente la buena fé de M. Poitou le dá la mas completa leccion en las páginas de su libro.

*¡Esta sociedad vale menos que su literatura, dice, (1) y cuando quiere hacer justicia á nuestro tiempo añade: las costumbres domésticas, en Francia, son, despues de todo, mejores hoy que hace cien años! (2)*

Despues de estas declaraciones, confesemos que de toda la admirable obra de Poitou no queda otra cosa que un libro mas, un libro que viene á probarnos que la sociedad sigue su camino de perfeccion, y que los que pretenden detener su marcha no hacen mas que desaparecer bajo las ruedas del carro, que como el del dios indio, pasa sobre los fanáticos que se echan á su paso.

¡No levanteis, pues, vuestra voz, no conjureis las iras del poder, siempre receloso contra la novela, no pidais obstáculos para la emision del pensamiento, porque despues de todo, vuestros enredos son inútiles, y la ignorancia es tan ciega que la verda pasa ante sus ojos y no la conoce! La civilizacion ha dado ya su gran paso, y en vano maldecireis de las obras de nuestro siglo, en vano levantareis como padrones de ignominia el nombre de los grandes poetas de hoy, que cantaron la libertad y sonrieron al porvenir; vosotros, que al injuriarnos no vacilásteis en confundir en la misma maldicion á Balzac, realista, con Sué, socialista; á la innovadora Jorge Sand, con el autor del *Génio del Cristianismo*, vuestra última musa, vuestro último talento, vuestro último corazon, vuestra última palabra. ¡Y habeis osado á él! ¡Oh, Chateaubriand! ¡Oh, noble alma, atada al carro de la desgracia, ya tus hijos indignos reniegan de tí, ya del anciano armonioso no queda mas que el *René*, esa piedra que tu mano sagrada puso en el alcázar de la revolucion!

M. MURGUIA.

(1) *De la novela y el teatro contemporáneo*, por E. Poitou, página 390.

(2) Página 33.

## LA MONEDA.

### IV.

Concluida la reseña de las alternativas que ha sufrido el valor de los metales preciosos, segun el aumento ó disminucion de los productos de las minas y criaderos, réstanos explicar por qué no sufrieron una baja mas considerable, despues del descubrimiento de América.

Hay motivos fundados para creer que la inmensa fecundidad de las minas de América, aumentó la circulacion, trayendo á los mercados del mundo antiguo una cantidad de metales doce veces mayor que la que poseia. (1) Por lo tanto, parece que en aquella época debia haberse pagado doce duros lo que antes solo costaba uno. Pero no fué así, y segun datos suministrados por los mas célebres autores, la variacion proporcional relativamente á los productos menos variables en su valor, alcanzó solo á la mitad, es decir, que por una misma medida de trigo, por ejemplo, se dieron seis duros en vez de uno, y no doce, como parecia natural, equilibrando el aumento de produccion con la baja del valor. Daremos la explicacion de este hecho, al parecer singular, y el cual, sin embargo, nada tiene de extraño, una vez conocidas las causas que lo motivaron.

En la época á que nos referimos, los progresos de la industria, multiplicando los productos, el aumento de la poblacion acreciendo las necesidades, el desarrollo de la agricultura ofreciendo una cantidad mayor de los frutos que prodiga generosamente la tierra, aumentaron el número y la importancia de los cambios, necesitando una cantidad mayor de metales para facilitar la circulacion y subvenir á todas las transacciones que se multiplicaron con el acrecentamiento del comercio. Estas mismas causas, proporcionando mayores ganancias á los productores y aumentando su número, les permitió hacer mas economías y gastar en vajillas y otros objetos de plata.

Esto que decimos de la plata, puede igualmente aplicarse al oro, porque las mismas causas influyeron en el valor de ambos metales. Y no necesitaremos aducir datos para hacer ver que hoy se gastan muchas mas alhajas y por consiguiente se emplea en objetos de lujo una cantidad mucho mas considerable que en tiempo de Isabel la Católica. Sin fijarnos mas que en los relojes, por ejemplo, tendremos demostrado el hecho. En tiempo de Carlos III, en España, solo algunos de los mas ricos y poderosos señores de la corte de aquel gran monarca, usaban esas alhajas que sirven para marcar las horas que pasan. Hoy puede decirse que todo el mundo lleva reló, hasta los cocheros y mozos de café, hasta muchos trabajadores. Y calculando que en nuestro pais hay un reló para cada diez personas, ó para cada veinte si se quiere, hallaremos que existen en España unos tres millones de relojes, la tercera parte de oro y el resto de plata. Por término medio la caja de un reló pesa aproximadamente media onza, lo que nos da un resultado de 500,000 onzas de oro y un millon de onzas de plata ó sea un valor total de ciento ochenta millones de reales, que disminuyen la circulacion y contribuyen, por lo tanto, á aumentar el valor de los metales.

A estas causas hay aun que añadir las grandes cantidades de plata enviadas al Asia. Estas remesas continúan hoy quizá en mayor escala que cuando se descubrió el paso á las Indias por el Cabo de Buena Esperanza, abriendo una comunicacion directa con aquellos

(1) J. B. Say. Obras completas.



países en que la plata era todavía mas apreciada que en Europa.

En las circunstancias actuales no es en manera alguna fundado el temor de que la producción de los metales disminuya. No obstante, conveniente será hacer observar que esta disminución, ó aun si se quiere la paralización completa, no afectaría en nada el desarrollo que va adquiriendo la industria en casi todos los puntos del globo. Hemos dicho que la moneda es un instrumento que sirve de intermediario para los cambios, y esto solo explica la poca importancia que debe darse á una crisis de este género. Porque en efecto, ¿cuáles serían los resultados que produciría el empobrecimiento de todas las minas? Los metales aumentarían de valor; pero como no son objeto de consumo, ni constituyen por sí solos una riqueza, vendríamos á parar en que con una peseta se comprarían diez libras de pan, por ejemplo, en vez de comprarse cuatro, y esto no afectaría en nada al bienestar de cada uno.

Mas bien debiera temerse, y se teme, porque el fenómeno ha empezado á realizarse, que el aumento de la producción haga sufrir una baja al valor de los metales. Este fenómeno tiene mas bien relacion con el oro, pues la plata, á causa de la excesiva esportación que de ella se viene haciendo para la China y la India, no creemos se halle espuesta á experimentar ninguna baja de valor.

En la época del descubrimiento de América, los pueblos civilizados poseían aproximadamente unos 3,200.000.000 de rs. en moneda, 1,200.000.000 rs. en oro y 2.000.000.000 en plata. (1)

La producción de las minas del Nuevo Mundo vino á introducir grandes variaciones en este estado de cosas. El Potosí solo produjo mas de 27.000.000 de kilogramos de oro. Las demas minas dieron próximamente 122.000.000 de kilogramos de plata y 3.000.000 de kilogramos de oro, sea aproximadamente, 108.000 millones de duros en plata y 40.000 millones de duros en oro.

Si añadimos á estas cantidades las que se calculaban existir antes, repartidas en Europa, Asia y África, es decir, sesenta millones de duros en oro y cien millones en plata, nos darán un total general de 148,160 millones de duros, tanto en plata como en oro. Este es el inventario mas aproximado que podemos ofrecer de los metales preciosos, basándolo en los datos estadísticos de la producción y en las notas que nos proporcionan los economistas mas célebres que se han ocupado de la materia. Podrá no ser muy exacto, pero creemos es proporcionado, y esto basta para la demostración que nos hemos propuesto.

Esta cantidad, que puede decirse es la que existe en los países civilizados, está sujeta, como no es dable de dejar de suceder, á multitud de alteraciones; pues si bien las minas de California, de la Australia y otras, continúan aumentándola con sus rendimientos, hay mil otras causas que, produciendo el efecto contrario, hacen desaparecer de la circulación, considerables cantidades de estos preciosos metales. Entre estas causas citaremos tres de las mas principales. Primera, el uso de todos los objetos de oro y plata, el frote que sufren y el que experimentan tambien las monedas, sobre todo las pequeñas, como pesetas y reales, etc., haciendo desaparecer gran cantidad de metal. Segunda, la tambien considerable cantidad que se emplea en bordados, en plateados, dorados y otros. (2) Tercera, otra

pérdida anual ocasiona la ocultación de las sumas que se entierran, ó esconden en la tierra, muriendo sus dueños sin dejar ningun indicio que pueda hacerlas encontrar. Y mas que todo aun las enormes sumas que anualmente traga ese inmenso piélago, el mar, en el cual tantos y tantos buques perecen. Todos, poco los unos, mucho los otros, llevan cantidades que aun calculándose por un término medio mínimo, dan una suma casi fabulosa. La estadística de los buques que se pierden todos los años, es mas elocuente que cuanto pudiéramos decir. Solo en 1827 se contaron 678 buques perdidos. Hoy que la marina de todos los países ha aumentado tan considerablemente, hoy que el desarrollo del comercio ha multiplicado de tal manera el número de buques, que en todas direcciones surcan los mares, y que abiertos estos al tráfico hasta en los confines mas remotos, ofrecen, si se nos permite decirlo, mayores y mas inminentes peligros, puede calcularse sin exageración que se pierden seis veces mas buques que hace treinta años. De modo, que la pérdida total de metálico, sin calcularla en cifras, es sin embargo, creemos poder afirmarlo, mas que considerable. De todo esto resulta, teniendo en cuenta la exportación de plata que se viene haciendo á la China y á la India, y por un cálculo aproximado, que la cantidad existente hoy de metales preciosos es de 140.000 millones de duros, y que la proporción del oro á la plata es de uno á dos, (1) y por lo tanto es inminente un cambio, es decir, una disminución en el valor del primero con respecto al segundo metal.

Este fenómeno, cuyas consecuencias pueden ser trascendentales para los países en que la moneda de oro sirve de tipo, no creemos llegue á afectar á España, donde nos servimos como tipo de la moneda de plata.

Para calcular con mas probabilidades de acierto las consecuencias que pueda traer el fenómeno de que venimos ocupándonos, trasladémonos hipotéticamente á Inglaterra, donde la libra esterlina, ó guinea de oro, es la moneda que sirve de tipo. En este país no hay mas moneda que la de oro. En plata solo puede pagarse hasta concurrencia de cierta cantidad, como sucede en España con la calderilla. Es obligación pagar en guineas, tanto para los particulares como para el gobierno. (2)

¿Qué resulta de esto? ¿Qué es lo que sucederá al que tenga su capital empleado en papel del Estado y viva con la renta? El gobierno le paga los intereses en moneda de oro, y el tenedor del papel no tiene mas remedio que aceptar el pago en especie, careciendo, como carece, de todo derecho para reclamar ó exigir otra cosa. Para que el Estado hubiese contraído la obligación de dar mayor cantidad de monedas, si el valor del oro disminuía, hubiera sido preciso que el acreedor se hubiese obligado al mismo tiempo á recibir menos cantidad, si este valor aumentaba.

Toda reclamación, siendo pues imposible, veamos cuáles serán las consecuencias de la disminución del valor del oro. El capitalista que tenia 20.000 libras de renta, seguirá teniendo la misma cantidad nominal, el mismo número de monedas, el mismo peso de oro, pero en realidad, suponiendo que la baja haya sido en la proporción de dos á uno que dejamos apuntada, no tendrá mas que 10.000 libras, porque con las veinte mil no podrá ya adquirir mas que la mitad de lo que antes compraba, y por consecuencia solo podrá propor-

(1) Michel-Chevalier. Lecciones de Economía política. De la moneda.

(2) Smith dice que en su tiempo, solo la manufactura de Birmingham consumía por valor de medio millon de reales, y hoy este consumo ha triplicado por lo menos.

(1) M. Michel-Chevalier. Lecciones de Economía política.

(2) Al hablar así, no queremos decir que se excluyen de los pagos los billetes de banco, ni otros de los signos representativos de la moneda. Nos expresamos así, porque pensando ocuparnos luego de las letras de cambio, etc., lo que digamos servirá para explicar el verdadero sentido de nuestras palabras de ahora.



cionarse la mitad de los gozes que le procuraba la fortuna, cuando el oro no habia sufrido alteracion en su valor.

Este es un fenómeno que creemos no ha de tardar en efectuarse, si es que ya no empieza á hacerse sentir.

Es mas, podemos decir que el fenómeno se ha realizado ya, en lo que toca al valor relativo de los metales preciosos con respecto á las demás mercancías. Y no se crea por esto que calificamos en absoluto de mercancía á la moneda. La plata y el oro, considerados como productos, son mercancías; pero si los consideramos como moneda, no son ya sino un instrumento que sirve para aumentar la circulacion, facilitando los cambios. (1)

Difícil es aducir muchos ejemplos en apoyo de la proposicion que dejamos sentada, porque la variacion de circunstancias influye poderosamente en el precio de los objetos, y no es fácil poder encontrar á cincuenta años de distancia un caso dado y circunstancias parecidas para hacer la comparacion exacta de lo que costaba entonces y lo que hoy cuesta, por ejemplo, ir de Madrid á Bayona.

A principios del siglo se hacia este viaje en mulas, ó bien en coches de cuatro ó seis asientos, y se empleaban ocho ó diez dias, pagando al muletero ó cochero de tres á cuatro duros por jornada y asiento, y siendo la manutencion de cuenta del viajero. De modo que el viaje á la frontera francesa costaba, por un cálculo aproximado, cuarenta ó sesenta duros, siendo así que hoy solo cuesta veinte ó veinte y cinco en la diligencia. Luego se daba mayor cantidad de moneda que la que hoy se dá por trasladarse de un punto á otro. La moneda ha disminuido de valor, y de consiguiente este resultado, lógico como que se basa en números, no puede, sin embargo, ser exacto, considerándolo en absoluto, porque las circunstancias han variado mucho y son en un todo diferentes. Nos fijaremos en dos de las principales: Primera, el tiempo empleado; entonces se tardaba diez dias y hoy se vá en dos: Segunda, la afluencia de viajeros y el valor relativo de la moneda; entonces apenas habia alguno que otro personaje que pudiera gastar cincuenta duros para un capricho, ó por necesidad de trasladarse á Francia, y hoy cualquier empleado, con mediano sueldo, gasta igual cantidad, que representa muchos menos gozes, y va á París á pasar unos dias para poder decir que ha visto la capital del mundo civilizado. A principios del siglo, mil reales eran una cantidad respetable, porque la guerra tambien habia influido y hecho retirar de la circulacion gran parte de la moneda. Hoy, cincuenta duros apenas bastan á un jóven para vivir con decencia.

Esto mismo lo demostraremos mejor aun, si mirando la cuestion bajo otro punto de vista, nos colocamos en la mayor igualdad de circunstancias posible, es decir, si comparamos el viaje hecho en diligencia en las dos épocas citadas. (2) Veremos que entonces el asiento de Madrid á Bayona costaba doce duros, y hoy cuesta veinte y cinco, sin contar la comida. Y tendremos dos evidencias: Primera, que la diferencia de las circunstancias hace difícil, ó casi imposible, la comparacion:

(1) Proudhon en su libro *de la Création de l'ordredans l'humanité*, conviene con los economistas en que la moneda, no pudiendo consumirse, no es una riqueza, de lo cual resulta esa verdad tantas veces demostrada, que la riqueza y el bienestar de una nacion no pueden medirse por la mayor ó menor cantidad de moneda que posee.

(2) Postas ordinarias, ó diligencias establecidas á nombre del rey, por el ministro de Estado, conde de Florida Blanca. Este servicio se sostuvo, hasta que empezó la guerra con Francia.

Segunda, que la moneda ha disminuido de valor, aun á pesar de no tener en cuenta estas circunstancias. (1)

Para fijarnos, no obstante en una comparacion que reuna la mayor cantidad posible de circunstancias iguales ó parecidas, vamos á tomar algunos datos estadísticos de J. B. Say. Dice este autor, refiriéndose al trigo, que es una de las mercancías menos sujetas á grandes variaciones en su valor, por esto mismo que es de un consumo seguro y necesario:

«Así, recapitulando, y para comparar el valor de la plata y el oro en las diferentes épocas que he citado, hallamos que la misma cantidad de trigo de primera calidad, es decir, esta cantidad que hoy llamamos un hectólitro, se cambiaba por una cantidad de plata fina que era de

289 granos en la antigüedad.

245 *dito* en tiempo de Carlo-Magno.

219 *dito* hacia el año 1450, en el reinado de Carlos VII, rey de Francia.

333 *dito* en 1514.

731 *dito* en 1536.

1,130 *dito* en 1610.

1,280 *dito* en 1640.

1,342 *dito* en 1789.

1,610 *dito* en 1820.

«Resulta, pues, que desde los tiempos de Alejandro, el valor de los metales ha aumentado gradualmente hasta la época de Carlos VII y de la doncella de Orleans. En 1450 es pagado mas barato el hectólitro de trigo. A partir de esta época se empezó ya á pagar un poco mas, y salvo las oscilaciones de que no tenemos noticia, á causa de la poca exactitud que ha habido en conservar el precio corriente del trigo, y los diferentes precios de unos y otros mercados, ha seguido aumentando la cantidad de metal que se dá en cambio de un hectólitro de trigo, y sigue todos los años en aumento progresivo, como no puede menos de suceder, atendida la disminucion de valor que los metales preciosos vienen sufriendo.»

«Corrigiendo unos con otros los datos mas ó menos imperfectos que nos ha sido posible recoger sobre el precio en plata del trigo, antes del descubrimiento del Nuevo Mundo, hemos llegado á un término medio de 268 granos de plata por un hectólitro de trigo. Hoy, para obtener la misma cantidad de trigo, es preciso dar seis veces aquel peso de plata; de donde podemos deducir que el valor propio de la plata ha disminuido en la proporcion de uno á seis.» (2)

Esto demuestra, pues, lo que al principio dijimos; que el valor de los metales ha disminuido con relacion al de las mercancías.

¿A quién ha afectado esta disminucion de valor? Hé aquí la cuestion. Se oye generalmente repetir á todo el mundo la frase vulgar de *¡qué caro está todo!* Y haciendo coro á esta, hay otras mil voces que repiten tambien el mismo estrivillo.

En efecto, los comestibles, las habitaciones, las sederías, los muebles, las lanas, las telas, los objetos de lujo, todo está mas caro, si se nos permite que usemos esta palabra vulgar. ¿Pero en qué sentido? ¿Qué significan estas palabras? Para la generalidad pagar hoy diez reales por un cuarto que hace diez años costaba cinco, ó comprar un vestido por doble precio que entonces, es pagar estos objetos mas caros. Para nosotros, para los que consideramos la cuestion económicamente, es decir, bajo su verdadero punto de vista,

(1) Las postas ordinarias tardaban ocho dias en ir de Madrid á Bayona, y las diligencias tardan cincuenta ó sesenta horas.

(2) Garnier que ha hecho estensas investigaciones sobre las monedas de los antiguos, obtiene el mismo resultado por medio de cálculos diferentes. *Voyez son histoire des Monnaies*. Nota de J. B. Say.



esto no es sino dar doble número de monedas por igual cantidad de mercancía, y no diremos: ha subido el precio de tal ó cual cosa, sino: el valor de los metales preciosos ha disminuido con relacion á los demas objetos de comercio.

Esta disminucion de valor afecta ó lastima solo á ciertas personas. A la clase pobre en general no puede lastimarla, porque el precio de los jornales se regula por las mayores ó menores necesidades que el obrero ha de satisfacer, y vemos que un jornalero de hoy se mantiene tan bien, ó quizás mejor que hubiera podido hacerlo hace veinte años. Porque, en efecto, escepcionalmente, un hombre que se halla sin recursos podrá trabajar por un salario menor del que necesita para vivir; pero la generalidad, la masa de los obreros, no trabajan si la retribucion que reciben en cambio no les basta para atender á sus neccsidades. Así pues, los jornales han aumentado proporcionalmente, y la clase pobre no ha sufrido con el fenómeno de la disminucion del valor relativo de los metales. Lejos de eso, su suerte ha mejorado, porque la introduccion de las máquinas, habiendo abaratado los productos, un obrero de hoy puede gozar de muchas comodidades, en las cuales ni aun hubiera soñado el que vivia á principios de este siglo.

Pero dejemos aparte esta cuestion de salarios, que por incidencia hemos tenido que tocar, ya haya sido muy someramente, y pasemos á examinar sobre quién ha pesado el fenómeno de que tratamos.

Desde luego, todos los que teniendo rentas fijas en dinero, continúan percibiendo la misma cantidad de monedas, puede considerarse que han sufrido; pero como generalmente en España los contratos de arriendo se renuevan por años, como el papel del Estado varía de poseedores muy á menudo, merced á las alternativas de los cambios, tendremos que serán muy contados aquellos que no hayan visto aumentar el importe nominal de sus rentas, á medida que los metales bajaban de valor. Esto puede facilmente demostrarse solo con citar un ejemplo, las casas de Madrid. Y ni aun necesitaremos emplear cifras para apoyar nuestros argumentos. Los alquileres han aumentado y aumentan todos los dias. Cuartos hemos visto que hace un año costaban siete reales diarios, y hoy se pagan doce y trece. De modo que el fenómeno no ha afectado á los ricos ni á la clase media acomodada, ni al comercio, ni á la industria, cuyo trabajo tiene necesariamente que paralizarse cuando deja de ser retribuido.

Ha pesado sobre los empleados de sueldo fijo, tanto del gobierno como de las empresas de ferro-carriles y otras. La demostracion es muy fácil. Los sueldos no han aumentado, el valor de la moneda es menor, luego un empleado de 10,000 rs., por ejemplo, no representa hoy sino lo que representaba hace veinte años uno de 5,000 rs., aun cuando su categoría continúe siendo la misma. Este hecho es tan evidente, que el mismo gobierno lo reconoció no há mucho, cuando aumentó los sueldos del ejército. La esposicion que dirigió el cuerpo de administracion militar á los señores diputados, viene tambien en apoyo de nuestras razones, de todo lo cual vendremos á concluir, para contestar á la pregunta que nosotros mismos nos hemos hecho, que los empleados (1) son los que mas han sufrido las consecuencias de la disminucion del valor relativo de los metales preciosos.

## V.

Muy equivocadamente se ha confundido la moneda con la riqueza. Esta confusion, nacida en los tiempos

(1) No comprendemos en este calificativo á los que hallándose ya en las altas esferas, cobran sueldos muy elevados. Estos son por lo general los que mas ganan haciendo menos.

en que la ciencia económica era aun casi desconocida, ha dado lugar á muchas disposiciones encaminadas á impedir la estraccion de los metales preciosos. Ella dió lugar al establecimiento de la famosa balanza del comercio, que luego se vió ser un sistema erróneo y perjudicial para las naciones. Y esta misma confusion conduce á aumentar los gastos improductivos, contribuyendo á animar á los que disipan locamente su fortuna.

En efecto, al ver un hombre que gasta cien mil duros en lujo y en fausto, se dice comunmente: *hé ahí un hombre que se arruina, pero el país nada pierde, solo que la riqueza cambia de manos*. Esta frase, en su fondo es verdadera, considerada en globo, la consecuencia es cierta. Mas es preciso establecer una diferencia. Es necesario distinguir lo que se llama gastar bien, de lo que se entiende por gastar mal, y considerar primero si los gastos de que se trata son productivos ó improductivos, para establecer bien la cuestion y poder juzgarla.

Los gastos pueden dividirse en dos clases, en locos ó fraudulentos y en beneficiosos ó productivos. Es decir, que si los cien mil duros, por ejemplo, se gastan en fuegos artificiales, el dinero no hace mas que cambiar de manos; pero el otro valor, la riqueza, la pólvora se consume y desaparece. Esto constituye un gasto loco ó fraudulento. Si por el contrario, los dos millones se emplean en establecer una fábrica ó desarrollar una industria, el gasto es beneficioso ó productivo. Entonces hay dos valores, dos riquezas. El numerario, que no ha hecho sino cambiar de manos, y la fábrica ó la industria, cuyo valor queda existente y equivale á dicha suma.

En la teoría que dice, la moneda es una riqueza, las dos clases de gasto se confunden.

En la teoría de la Economía política, que distingue la moneda de la riqueza, la diferencia entre ambos gastos se demuestra.

Aunque de paso, diremos algunas palabras sobre la balanza del comercio, que acabamos de citar.

No hace aun mucho tiempo, los gobiernos y los pueblos abrigaban la persuasion de que el oro y la plata constituían la riqueza. De aquí, pues, que para atraer la moneda, se favorecia la exportacion, prohibiendo la importacion. Vale mas vender que comprar, se decia. Y no se proponian en cierta manera sino hacer el balance del comercio de la moneda, cuyo resultado se consideraba favorable, cuando se habia entregado menos moneda que la que se habia recibido.

En primer lugar, este balance era muy difícil de establecer. Luego, debe tenerse en cuenta es una locura el pensar que se puede vender sin comprar, pues la moneda, lo volvemos á repetir, no es sino el intermediario que sirve para facilitar los cambios. Así que cuando Inglaterra, por ejemplo, vende carbon á Francia por un lado, mientras por el otro le compra vino, los dos países no hacen mas que cambiar estos productos uno por otro, y la moneda se limita á llenar su papel de intermediario, efectuándose el cambio con iguales condiciones por una y otra parte; pues cuando este se hace libremente, no hay pérdida ni ganancia para los unos ni para los otros, y todos quedan igualmente satisfechos.

Y si bien se considera, se comprende que la importacion es mucho mas conveniente y mereceria mejor el ser favorecida, pues siendo el hombre productor en un solo concepto, y consumiendo en cien otros, reporta mas ventajas la importacion, por cuanto se consume todo aquello que se importa. Claro es, y evidente, que se vende lo que no se necesita y se compra lo que hace falta.

De esta breve esplicacion venimos á deducir que la pretendida *balanza del comercio*, se fundaba en un error, puesto que es imposible vender y no comprar.



Pero es mas, las consecuencias de este error eran funestas, porque todas las naciones pensando lo mismo, reinaba entre ellas una hostilidad continua, una lucha sin intervalo encaminada á atraer la moneda.

Esta teoría además, era la teoría de la inmovilidad. La riqueza no circulaba, se hallaba paralizada, y el progreso no podia avanzar un paso, estaba muerto.

La teoría económica, por el contrario, hermana á los pueblos, enlazándolos con el comercio, deja á cada uno en libertad de poder enriquecerse, facilita á las naciones los medios de multiplicar su riqueza, aumenta la produccion, destruye los antagonismos y permite á todos y á cada uno acrecer la suma de sus gozes, sin que por esto se siga perjuicio á tercero.

(Se continuará.)

JUAN BAUTISTA CANTERO.

## BOSQUEJO DE LA HISTORIA

DEL ARTE.

### III.

Aunque comparando las obras de Giotto y de los Orcagnos á las madonas de Cimabue, se nota el grande adelanto que la pintura habia hecho durante el siglo xv; todavia, sin embargo, las composiciones de aquellos pintores distan mucho bajo el punto de vista de la imitacion de la naturaleza y mucho mas aun bajo el de la expresion moral de la figura humana, de las dotes de perfeccion, de ciencia, sobre todo de espiritualismo artistico, que desde mediados de aquel siglo vemos resplandecer en las obras de sus pintores, adelantos que rápidamente condujeron á las maravillosas obras de Vinci, de Buonarcotti, de Rafael, obras que debian marcar el apogeo de las bellas artes y que no han logrado, no ya aventajar, pero ni aun igualar el atrevido génio de las generaciones sucesivas, á despecho de las grandes creaciones, é incontestables adelantos que en todos los ramos del saber y de la cultura han hecho desde entonces y vemos hacer cada dia á la inteligencia del hombre.

¿Mas fueron por ventura aquellos génios privilegiados, aquellos tres grandes é inimitables artistas los creadores é improvisadores de las perfecciones á que alcanzaron? ¿No hay transición entre Orcagno y Leonardo de Vinci? ¿Cómo se deshizo el arte de los defectos notables que todavia se encuentran en los frescos y en los retablos de Tadeo Gaddi y de Buffamolco y alcanzó las sorprendentes dotes que caracterizaran las producciones de los artistas con que dá principio el siglo xvi?

La gloria de los adelantos que debian hacer posible el advenimiento del Buonarcotti y de Rafael, pertenece á un corto número de artistas toscanos que escalonados entre el Giotto y Leonardo Vinci, esplican á este último y muestran la filiacion que aquellos siguieron. Si las obras de este corto, pero escogido número de artistas que ligian el siglo xv con el xvi, no nos pudiesen de manifesto dónde buscaron sus inspiraciones y cuál fué el punto de partida de los grandes pintores de la época del Papa Leon X, podriamos creer, que tanto Leonardo como sus dos grandes contemporáneos Buonarcotti y el Sanzio encontraron en su génio, en un privilegiado don del cielo los tesoros de belleza que han legado á la posteridad. Pero sin que disminuya nuestra admiracion hácia estos astros radiantes del arte moderno, cualquiera que vea y estudie los modelos que les dejaron el Mosaccio, Lipo-Lippi, el Beato Angélico y Domingo Guirlandaio, comprenderá al momento

que á estos maestros hayan seguido los pintores del siglo xvi y que tantos dotes de dibujo, de colorido y de expresion se encuentren reunidos en Rafael.

En el convento del Cármén de Florencia hay una capilla pintada por Mosaccio, que vivió de 1401 á 1443, que debe ser mirada como la escuela, el modelo, la gran revelacion trasmitida á Leonardo y á Rafael, revelacion completada y enriquecida por el Beato Angélico y el Guirlandaio. Los tres compartimentos pintados por Mosaccio en esta capilla y los frescos de Lippi, que se conservan en la iglesia de Pratto en Toscana, manifiestan la inauguracion en la pintura del pensamiento espiritualista que debia engendrar el arte cristiano. Antes del Mosaccio, si bien se observa en las obras de los pintores que lo precedieron cierta correccion en el dibujo, cierta gracia y mayor expresion en las figuras, los objetos que respresentan no despiertan otra idea que la de la forma, y de la forma imperfecta, pero que ya se aproxima al natural. Mosaccio fué el primero que dió á la fisonomía humana una expresion moral, que bajo su pincel evocó y reprodujo las pasiones y el sentimiento. Los frescos de la capilla del Cármén, respiran una vida, un movimiento, una animacion que bastaran para revelar á Rafael y á Miguel Angel los horizontes que el génio de estos artistas debia dilatar hasta lo infinito. A esta capilla, sabemos por incontestables relaciones históricas, que vinieron á estudiar Guirlandaio, Leonardo Vinci, el Buonarcotti, Perugino, fray Bartolomeo, Andreo del Santo y Rafael mismo aprovechó tanto aquellos modelos que vemos en sus inmortales frescos del Vaticano reproducidas y aun copiadas algunas de las figuras del Mosaccio. Este admirable artista murió á los 42 años, segun se cree, envenenado por los rivales y envidiosos de su gloria.

Su discípulo Lipo-Lippi continuó la tradicion del maestro, sin lograr igualar su inspiracion, pues aunque sus obras se distinguen por sobresalientes cualidades de ejecucion, decae en ellas la expresion moral, el reflejo del mal y del sentimiento que tanto sobresale en las obras del Mosaccio. Lippi, aunque fraile, era muy mundano y dió el escándalo de robar á una monja de quien se enamoró, escapándose con ella á Sicilia. Pero cayó prisionero de unos piratas moros que lo tuvieron algunos años en cautiverio y murió en Spoleto envenenado por la familia de la monja á quien habia deshonrado. Las disposiciones de la organizacion sensual de Lippi se manifiestan en sus obras, en las que la expresion de la belleza material se sobrepuja mucho á la de la parte moral é intelectual que tanto predominan en las pinturas de su maestro. El mas feliz y aventajado continuador de Mosaccio fué Juan de Fiesole, mas conocido por el nombre de Beato Angélico, creador de la escuela mistica continuada despues por la escuela de Umbria, en la que Rafael hizo sus primeros estudios. El religioso de Fiasole, alma sensible, organizacion delicada, llena de entusiasmo y fé religiosa, llevó al mas alto grado la expresion de la devocion, del misticismo, de la piedad. Las fisonomías de sus imágenes respiran todas el amor de Dios, el temor de su ira, la esperanza en su misericordia. Defectuosas en punto á dibujo y perspectiva, mas todavia en el claro y oscuro, las caras del Beato Angélico, parecen inspiradas por los ángeles del cielo y hace bajar á la tierra los bienaventurados que gozan del inefable placer de la presencia de Dios. Verdaderamente Angélico, el fraile de Fiesole jamás aceptó retribucion alguna por ninguno de los infinitos frescos, retablos y cuadros que pintó, no solo en Toscana, sino en varias iglesias de los Estados de la Iglesia, y cuando la fama de sus virtudes lo designó para la dignidad de arzobispo de Florencia, se negó modestamente á su elevacion y permaneció en el claustro y amado y reverenciado por todo el mundo.



Guardando compás con los adelantos de la pintura, marchaban los de la escultura, que como hemos observado, era cultivada igualmente por todos los artistas de la época, á lo que debe atribuirse la perfección que alcanzaba al dibujo, pues los estudios en el último de estos dos artes plásticos, teniendo por objeto la forma misma y sus accidentes, los pintores se aprovechaban de todos los progresos de la escultura.

Si á Mosaccio pertenece la introducción del espiritualismo en la pintura y á fray Juan de Fiasole la de la expresión mística, á Domingo Guirlandio corresponde la gloria de haber dado á la figura humana la expresión, la delicadeza, el movimiento que Leonardo Vinci y Miguel Angel no tuvieron mas que seguir para elevarse á la altura á que llegaron. La perspectiva y los paisajes de Guirlandio fueron los modelos que tanto el primero de aquellos artistas como el mismo Rafael, siguieron é imitaron en sus composiciones, y basta examinar con cuidado las últimas madonas de Domenico para encontrar en ellas la delicadeza, la suavidad, la belleza que admiramos en las composiciones del Sanzio.

El verdadero nombre de Guirlandio era el de Corradi, habiendo recibido aquel sobrenombre por haber sido dado á su padre, de oficio platero y que lo debió á la particular habilidad y maestría con que fabricaba los ramos ó guirlandas de plata que en aquel tiempo usaban en sus tocados las florentinas. Domenico fué el primero de los pintores de la época que introdujo el retrato de los personajes célebres en sus composiciones, pero supo hacerlo con discernimiento y propiedad, pues no incurrió en la grosera falta de dar á la fisonomía de Cristo ni de S. Pablo las facciones de los personajes, que reproducía en las figuras secundarias de sus cuadros. En el estudio de Domenico se formaron Rodolfo Guirlandio y su hijo, y también recibió allí sus primeras lecciones y adquirió el gusto y los conocimientos del arte que debía inmortalizar en su edad madura, el joven Miguel Angel Buonarroti.

Hemos llegado á los límites de la época á que se ha dado el nombre del renacimiento á la de la era del arte moderno inaugurado por los discípulos de los pintores cuyos trabajos y adelantos acabamos de analizar sucintamente. Hemos dicho que para comprender las obras de Rafael y de Miguel Angel es preciso conocer las del Mosaccio, fray Juan de Fiasole y de Domenico Guirlandio, pero debemos añadir que Leonardo Vinci precedió á Rafael, que fray Bartolomeo, Juan Bellino y Francisco Francia fueron sus contemporáneos y basta ver los cuadros de estos pintores para convencerse de los inmensos adelantos que el arte había hecho y de lo mucho que el Sanzio debió á sus predecesores.

El espíritu dominante de la época contribuía eficazmente á aquellos progresos. Italia era entonces el país mas industrial y mas rico de Europa. Florencia, Génova, Venecia, monopolizaban el comercio del mundo. La división de la península en pequeños Estados, rivales y gobernados por potentados opulentos, establecía una competencia gloriosa entre las repúblicas, las municipalidades y los magnates, para dotar á sus ciudades de monumentos suntuosos, y como el gusto artístico se desarrolló al mismo tiempo que el movimiento literario inaugurado por el Dante, por Petrarca y por Boccaccio, el siglo tomó el carácter de delicada cultura y refinada civilización que distingue las producciones del ingenio bajo los pontificados de Julio II y de Leon X.

Pero debemos detenernos ante tarea tan vasta como la de trazar el cuadro de la vida intelectual de un siglo que con razón ha sido llamado el de oro de los tiempos modernos, para limitarnos á la modesta empresa de delinear sumariamente la historia de los adelantos de las bellas artes desde la antigüedad hasta el

siglo XVI, época en que empiezan las obras con cuyos autores se halla mas familiarizada la generalidad del público.

Pertenecen, sin embargo, á la época de que nos hemos ocupado, dos grandes descubrimientos que no debemos omitir y que en gran manera contribuyeron á los adelantos que acabamos de señalar. Fueron estos inventos el grabado y el método de pintar al óleo. Los alemanes y los italianos se disputan el honor del primero de estos descubrimientos que tan útil ha sido á los progresos del arte que un escritor moderno lo compara á la imprenta, comparación que no carece de exactitud si se tiene en cuenta la influencia que en la educación de los artistas ejerce el conocimiento de las obras dignas de estudio y la dificultad que para procurárselos debió existir interin no había otro medio que el de sacar copias á la mano, del mismo modo que la difusión de los conocimientos literarios estuvo limitadísima y encontró todo linaje de entorpecimientos y de obstáculos, hasta que la invención de la estampa vino á poner al alcance de todas las clases de la sociedad la lectura de los libros y la difusión de la ciencia.

En cuanto á la cuestión de prioridad entre italianos y alemanes, los mas seguros datos están en favor de estos últimos, y aun puede afirmarse que el gran descubrimiento de la imprenta fué la consecuencia precisa de sus adelantos en el grabado. Acostúmbrese en Alemania grabar en madera imágenes de santos, al pie de los cuales y á manera de explicación, se ponía una leyenda, y buscando la manera de simplificar estas inscripciones, se encontró el medio de formarlas por medio de letras móviles que se colocaban segun mejor convenia. Desde el punto que fué encontrado este sencillo procedimiento, y se sustituyeron á letras de madera las de metal, el arte tipográfico existió ya y se necesitó muy poco esfuerzo para perfeccionarlo. Del mismo modo que las letras de metal fueron substituidas á las de madera, los grabados en esta materia fueron reemplazados por los estampados en cobre, y acerca de este nuevo paso dado por el arte, tenemos indicaciones precisas en el *Vapari*, pintor florentino, discípulo de Miguel Angel, que ha escrito la biografía de los artistas italianos. Cuenta este autor que el grabado sobre metal empezó á estar en uso en Florencia de resultados de lo mucho que se había generalizado el cincelar no solo los objetos del culto, sino los de uso personal y doméstico, como vajillas, espadas, broches y casi todos los artefactos que salían de manos de los plateros. El grabado ó cincelado dejaba en el metal la impresión hueca consiguiente á la entallación hecha por el artista, la cual se rellenaba con una composición de plata y plomo á que se dió el nombre de *ingellum*, y para cerciorarse de la perfección y estado del trabajo, se obtuvieron pruebas por medio de composiciones de arena y azufre, siendo este el origen de los modelos que mas tarde han adoptado los fundidores para obtener piezas de metal colado. Empleáronse también para obtener pruebas de impresiones sacadas á mano por medio de hollín, impresiones que se hacían sobre papel, y como de este procedimiento al de emplear una prensa para lograr con mas regularidad el estampado que se sacaba á la mano, no hay mas que un paso, las prensas para el grabado precedieron ó por lo menos fueron coetáneas con las inventadas para la tipografía.

El grabado hizo muy rápidos adelantos desde 1423, fecha de los primeros ensayos, y á principios del siglo XVI estaba ya tan en uso, que Rafael tenía en su estudio un grabador espresamente ocupado en sacar copias de todos sus dibujos y pinturas.

Mas tarde se inventó el grabado que se obtiene por medio del agua fuerte, cuyo descubrimiento atribuyen los alemanes á Wohlgenuth y los italianos



á Parmegiano y que tanto condujo á perfeccionar un arte ilustrado por esclarecidos maestros y que alcanzó su apogeo en el siglo xvii, para no decaer en tiempos posteriores, como ha sucedido á la pintura, pues en materia de grabado nada tenemos que envidiar á los artistas del siglo de los Médicis.

La invencion de la pintura al óleo, pertenece tambien al siglo xv. El primero que la empleó con éxito y buenos resultados fué Juan de Brujas, cuyo verdadero apellido era el de Van-Eych. Habíanse ya hecho algunos ensayos anteriores para aplicar el asiento en la pintura, pero los resultados habían sido tan imperfectos y nulos que se desistió de ello hasta que el afortunado flamenco obtuvo un éxito completo en el empleo del nuevo método. Los conocidos hasta entonces se limitaban á mezclar los colores con cola y clara de huevo y á combinar la humedad de la pared, recién enlucida, con cera para dar permanencia á los colores. Este último procedimiento, que se llamó al *fresco*, por tener que ser ejecutado antes que se secase la humedad de la pared, presentaba la dificultad de obligar al pintor á ejecutar de golpe, pues no podía retocarse lo que una vez se había pintado. Necesitábase, pues, gran seguridad y maestría para acometer la ejecucion de esta clase de obras, lo que hacia decir á Miguel Angel, «que para pintar al fresco se necesitaba saber *pintar pronto y bien*.»

Entre los diferentes métodos usados para pintar, ninguno rivaliza con el del empleo del óleo, no solo por su duracion, superior á la de todos los demás procedimientos, sino porque permitiendo al artista retocar su obra á voluntad, consiente que la lleve al mayor grado de perfeccion y que ejecute cuanto haya concebido su génio.

Los flamencos, pueblo comerciante é industrial como lo eran los italianos, contemporáneos de los Médicis, rivalizaban ya con estos, sino en escultura en pintura al menos, como lo demuestra el cotejo de las obras de esta clase que á mediados del siglo xv salían de manos de los pintores de uno y otro país.

Atribúyese á Antonio de Messina haber importado en Italia el descubrimiento de Van-Eych, el cual comunicó á su amigo Domenico, quien vino á establecerse á Florencia el año 1460. Gracias al secreto de que era solo poseedor entonces, Domenico acrecentó su taller y hacia rápida fortuna, pero se dejó seducir por los halagos de su falso amigo Andreo del Castagno y le comunicó lo que sabia. Castagno, pintor de tan incontestable talento como detestable era su moralidad, codicioso de poseer solo el secreto que habia sorprendido, no tuvo escrúpulo en atraer á su amigo á una correría nocturna y asesinarlo interin la víctima creía ir á una serenata. El asesino tuvo la suerte de que su odioso delito quedase impune; pero devorado de remordimientos él mismo hizo público el secreto, creyendo sin duda atenuar así la inmoralidad de la accion que habia cometido. En su última hora descargó su conciencia revelando al confesor que él habia sido el asesino de Domenico, y á su revelacion únicamente ha debido la historia saber tan horrible secreto, pues nadie mientras vivió habia sospechado de Castagno, antes al contrario, se hizo notar por el pesar que fingió sentir por la muerte de Domenico y por las esterioridades que hizo para descubrir los autores del crimen.

Por Andreo de Castagno adquirieron el Perugino y Verocchio, el primero maestro de Rafael y el segundo de Leonardo Vinci, el conocimiento de la pintura al óleo, cuyo descubrimiento vino así á coincidir con los adelantos literarios y artísticos que tan gloriosa y fecunda hicieron la aurora del siglo décimo sexto.

Entonces comenzó la era brillante del arte moderno que produjo las escuelas de Florencia, de Roma, de Lombardia, de Venecia y de Boloña, en las que nació y se comunicó el grande impulso que mas ó menos tar-

de vino á reflejar en los demás países y produjo la grande época de la escuela flamenca, la alemana, la española y la francesa.

Tratar de estas escuelas y de los génios que las ilustraron, requería como ya dijimos, y por mucho que compendiásemos nuestro trabajo, una estension que forzosamente exigiría dedicar al asunto una larga série de artículos, que no nos aventuraremos á escribir hasta que consultado el gusto de los lectores habituales de este periódico, hayamos adquirido la persuasion de que apetece la continuacion del trabajo á que este y los dos precedentes artículos podrán servir de introduccion.

ANDRÉS BORRERO.

## TRATAMIENTO HOMEOPATICO.

Hay en la vida de todas las mujeres un desgraciado, de quien abusan sin piedad, sin misericordia y sin reconocimiento, siendo siempre el que mas capaz hubiera sido de amarlas.

JULES JANIN.

Cárlos amaba á Rosa, como no se ama mas que una solo vez en la vida.

Porque antes de conocerla, no habia experimentado nunca el efecto que produce la mirada de unos hechiceros ojos negros, que se fijan en los nuestros, cuando una boca encarnada y húmeda nos está diciéndonos que nos ama; porque no habia experimentado, hasta que conoció á Rosa, ese desvanecimiento de deleite que siente el alma, cuando una voz, tan dulce como el sonido de un arpa eólica nos dice al despedirnos, «acuérdate de mí;» por qué..... porque no le habian acontecido, finalmente, esa multitud de cosas que dejan la misma estela en el corazon de las mujeres que el paso de la nave por el rio, y que no tienen valor para el hombre, si desde los primeros años de la vida han constituido para él un hábito; pero que, cuando el corazon no se ha embotado por la continuidad del goce, y cuando se lleva como armonia latente un tesoro de sentimientos dentro del alma, hacen estallar la sensibilidad y la armonía, comprimidas al choque del corazon con el corazon, para que la mujer que nos hace experimentar estas sublimes fruiciones se apodere de nosotros, nos arrebatte y nos condene.

Esto fué lo que aconteció al pobre Cárlos, y por eso el dia en que Rosa le significó que le habia engañado y que él no habia sido mas que el juguete con que habia tratado de borrar de su memoria acontecimientos pasados, sintió al corazon, no latir con violencia, sino como una cosa pesada y que no le cabia dentro del pecho, y creyó que iba á morir.

Pero no se muere uno tan fácilmente, sobre todo, cuando no le importa nada morir, y Cárlos, para quien se habia hecho la mayor de las necesidades de su vida el amor de Rosa, y que encontraba que no se moría, no quiso, ya que continuaba viviendo, existir mas que para ella; quiso verla, verla siempre, y constituyéndose en su sombra la siguió por todas partes.



Por mas precauciones que tomase el pobre muchacho, no podia menos de ser apercibido por ella su tenaz espionaje, y no alcanzándose á Rosa la verdadera causa de su conducta, la atribuía á los celos y encontraba una manera divertida de pasar el tiempo en mortificar á un celoso.

Cárlos no entraba á darse cuenta de la manera de obrar de Rosa, y si la veía coquetear con frecuencia, no se impacientaba por ello; ni aun podia mirar mal á los hombres con quienes coqueteaba Rosa; mas bien con lástima de que les pudiera acontecer lo que le pasaba á él mismo. Lo que á Cárlos le importaba era que Rosa le amase á él, y sino podia amarle, y él no la guardaba ningun rencor por ello, porque los sentimientos, decia, no los impone la voluntad; se contentaba con interesar su simpatía por su desgracia, y con la creencia de que ya que la jóven no le amaba, no podría menos de experimentar el mas profundo aprecio en el fondo de su alma hacia el hombre que la habia dado tan verdaderas y delicadas pruebas de su cariño, como él.

No hay que decir que contribuía á alimentar esta creencia el que siendo Rosa una mujer de la manera que ha tenido Dios á bien formar á todas las mujeres, por mas que calificase de estremadamente ridícula su obstinada persecucion, no dejaba alguna vez de dirigirle una tierna mirada de resignacion, cuando le encontraba al paso, ni de permitirle algun leve apretón de manos, cuando Cárlos se veía obligado á visitarla.

De este modo, Rosa podia reír grandemente con sus amigas, y enseñarle en triunfo como un animal raro, aunque un tanto posma, á sus conocidas, las cuales rabiarían de no tener tambien su Cárlos.

Una mañana de un dia de romería, Rosa salió á misa con sus amigas y con Lenaro.

Lenaro era el hermano de Rosa y antiguo compañero de estudios de Cárlos, este habia creído siempre que le consideraba como un pobre loco, pero como un desgraciado que le inspiraba piedad.

Esto era bastante, aunque Lenaro no lo hubiese sido de Rosa, para que el jóven le quisiera como á un hermano.

Se vé, pues, que Cárlos se contentaba con bien poco.

Cuando los vió venir, el pobre chico corrió atolondradamente á esconderse donde pudo.

Rosa le vió con estrañeza en el templo, á pesar de haber ido á otro distinto del que solía.

Cuando salieron de la iglesia, Cárlos les seguía como siempre, á tan larga distancia, que era imposible que su persecucion comprometiese en nada á Rosa.

Esta le vió y se paró en una esquina.

Cárlos se escondió en un portal.

Rosa echó á andar otra vez al cabo de algunos momentos, en la misma direccion que habia llevado, desahaciendo, por lo tanto, el camino que habia andado desde el templo.

En su consecuencia, el jóven trepó por la escalera y dejó pasar un buen rato. Le importaba poco que le vieran, porque para ninguna de las personas que le trataban hacia un misterio de su amor á Rosa, mas no queria ni comprometerla ni desagradarla.

Desgraciadamente la portera que habia ya reparado en aquel individuo que trataba de esconderse en el zaguan, y alargaba el cuello hacia la calle, cuando le vió subir tan precipitadamente la escalera se puso en escucha, á ver si oía sonar la campanilla de algun cuarto.

—¿Vive aquí ese caballero que acaba ahora de entrarse hacia dentro?

—Eso voy á ver, contestó la portera empezando á subir los escalones.

Cárlos, que se habia encaramado hasta el quinto piso, tuvo que sostener una escandalosa polémica en cada descanso con la portera, que acabó por arrojarle de la casa, con toda la bondadosa brutalidad que puede suponer el que conozca los delicados modales de los porteros de Madrid.

Cuando llegó al zaguan, y mientras aquella arpía le acompañaba con sus imprecaciones y sus denuestos hasta la puerta, vió que Lenaro, Rosa y sus amigas formaban corro delante de esta, como si hablasen de sus asuntos.

El pobre muchacho, cojido en el garlito, no tuvo mas remedio que pasar por las horcas caudinas, y salió de la casa saludando torpemente al grupo.

Una carcajada general fué la única respuesta que obtuvo el saludo de Cárlos, en la que vino á formar coro el nuevo amante de Rosa.

El pobre diablo tuvo la candidez de ponerse encendido como la grana, y echó á andar, sin saber lo que hacia, por la calle abajo, hasta que pudo doblar la esquina.

El grupo echó á andar tambien entonces hacia el lugar por donde habia desaparecido, comentando á grandes voces y en medio de risas de *corazon*, el lance.

Rosa ni Lenaro no eran por cierto los que mas se descuidaban en añadirle observaciones picantes.

Pasaron la bocacalle y no le vieron.

—Bah! qué avergonzado ha salido el pobrete! dijo Rosa, creo que ya no vuelve mas.

Entraron todos en un ómnibus, y se encaminaron á la romería. Rosa, antes de entrar dirigió todavia una mirada recelosa hacia todos lados.

No se pudo, no obstante, hacer cargo de que desde un coche con las cortinillas echadas, que estaba parado junto al suyo, podia ser perfectamente espiada.

Cuando el ómnibus hubo partido, bajó Cárlos del coche y se encaminó lentamente hacia su casa. No pudo menos de observar con estrañeza que respiraba mas libremente y que su corazon le parecia mas ligero; que casi no le sentía.

Estaba cruzado de brazos delante del retrato de Rosa, cuando entró su prima á preguntarle con la voz mas dulce del mundo, por qué estaba triste, y si se sentía enfermo.

Cárlos la contestó que se sentía muy bien, y la dijo la verdad.

—¿Vendrás entonces con nosotras esta tarde á la romería?

Cárlos lo prometió, y estuvo aquella tarde tan decididor y tan contento como hacia muchos meses que no se habia hallado.



Unicamente por la noche al acostarse fué cuando se dijo:

—Decididamente Rosa no queria que la viese entrar en el ómnibus.

Ocho dias despues se encontró en la calle con Lenaro, que se echó á andar algo avergonzado, hácia la otra acera, tirándose del cuello de la camisa, mirándose las botas y haciendo todas las gesticulaciones propias del hombre que quiere pasar por distraido.

Cárlos se dirigió sonriendo hácia él, y le detuvo.

Lenaro frunció las cejas, tomando el aire del hombre que si no tiene razon, quiere manifestar que sabrá suplir la falta de otros argumentos mejores con una amenaza atrevida.

—Tengo que darte las gracias, Lenaro, le dijo Cárlos; no he ido á buscarte para hacerlo, porque temia que lo que experimentaba fuese un efecto de la vanidad ofendida, que sabe tomar formas tan estrañas. Pero hoy estoy convencido de que no existe mejor remedio para ciertos males que el que á nuestra abnegacion y á nuestra jenerosidad se las conteste con la crueldad mas sarcástica, y dispénsame la palabra, con la bajeza. Al pronto me pareció tu conducta hasta indigna, y me dije que yo no hubiera tolerado que se hiciese nunca contigo lo que tú acababas de hacer conmigo; pero pasado aquel primer momento de irresolucion, te doy las gracias, con toda la sinceridad de mi alma, por haber contribuido á hacerme el mayor de los beneficios.

Esta fué la manera que tuvo Cárlos de entrar en el comercio ordinario de la vida, libre ya del corazon, que á la verdad es un fardo demasiado embarazoso para arrastrarle por la existencia.

RICARDO MOLINA.

## LUIS VELEZ DE GUEVARA.

### II.

En dos dificiles y arriesgadísimos géneros de literatura mostró y probó Luis Velez de Guevara sus altas cualidades de escritor. Los dos géneros que adoptó estaban muy en boga en su tiempo, si bien ni en uno ni en otro eran grandes los adelantos.

Dedicado durante casi toda su vida al teatro, solo cuando tenia setenta y un años dejó las comedias para publicar su última obra, que sellaba su reputacion popularísima, y que debia hacerla europea algunos años despues. *El Diablo Cojuelo*, novela de la otra vida, como la llama, quizá para demostrar que él no existia ya en la del mundo, es, con el *Elogio* en octavas, de que hicimos mencion al comenzar los anteriores apuntes biográficos, las únicas obras no dramáticas que escribió nuestro ingenio.

Aparte de esto, fueron mas de cuatrocientas comedias las que dió á luz, siendo por lo tanto el segundo escritor de su época respecto á fecundidad. Si la monstruosa imaginacion de Lope de Vega no se hubiese adelantado á cuanto puede concebirse, seria aun hoy Velez de Guevara el poeta dramático mas fecundo de España, y aun del mundo entero.

Así pues, debemos considerar preferentemente á

Guevara como autor de comedias, y luego le examinaremos como traductor de *verdades soñadas*.

Mucho se ha debatido, muchos juicios hay escritos acerca de la bondad mayor ó menor de nuestro teatro de los siglos xvi y xvii. Unos criticos han elevado á Lope, Tirso, Calderon y Moreto sobre todos los dramaturgos ingleses, franceses é italianos: otros los han rebajado hasta negarles el titulo de escritores dramáticos: hay quien ha censurado en ellos el libre atrevimiento de sus composiciones, el olvido completo de las reglas, mientras que en esto mismo fundan no pocos su alabanza. Las diferentes escuelas literarias han utilizado en pro suya las bellezas y los defectos de aquel teatro, que si no tuviese otro mérito, podria gloriarse cuando menos de ser muy nuevo, muy español, muy espontáneo, y como tal, muy arrogante.

No pretendemos añadir un voto mas, porque una nueva opinion es imposible en la continuada polémica que la critica viene sosteniendo, desde que con tanto afán se emprendieron estudios de esta naturaleza; ni menos conviene á nuestro propósito sentar principios, que si con unos estaban conformes á otros parecerian absurdos. Bástanos indicar los caracteres de la literatura dramática en tiempo de Velez de Guevara, imitador de Lope, y no de Cervantes, como pretende D. Alberto Lista.

El teatro casi nacia. Acababa de pasar desde el carro, la alfombra y el tablado portátil al corral y á los paños. Comenzaba á introducirse el artificio, y apenas se bosquejaban los tipos y los personajes cómicos. Aun era la accion el único objeto del poeta, y muy poco se comprendia la necesidad de pintar las costumbres á través de la máscara galana de la poesia. La comedia era todavia el auto, solo que era el auto social; esto es, la narracion dialogada de algunas escenas de la vida, sin color y sin movimiento, sin filosofía, sin estudio, sin arte, sin intencion, como ahora se dice Padres tiranos, amantes caballerescos, mujeres valerosas y criados confidentes eran por lo general los personajes de la comedia. Citas á media noche, músicas interrumpidas, cuchilladas á deshora, honras ultrajadas y casamientos por honra constituian la accion el pensamiento y la moral de la obra. Y aun esto era mucho. Muy poco generalizados los modelos griegos y latinos, comenzando simultáneamente en todos los idiomas la formacion del teatro, no existian originales que copiar ni escuelas que seguir. Debia ser, por tanto, bastardo y desaliñado todo principio. Debia el poeta atender solo á su inspiracion, sin cuidar las reglas, sin pensar en que pudiera tenerlas un trabajo nuevo, original y sencillo en su creacion; porque entonces se creaba el teatro moderno. ¿De qué ni para qué habian de servir las reglas á aquellas composiciones que nacia de la mente de un escritor, la mayor parte de las veces ó clérigo ó soldado, quizá *comediante*, y que pasaban á los corrales de la calle del Principe ó al cerro de la Cruz á ser propiedad absoluta de aquel público abigarrado y confuso, compuesto, en los aposentillos de las damas nobles y las altas ramerías, en los bancos de los cortesanos mas nombrados y de los caballeros de industria mas ramplones, y en el patio de los bravos y la jente de curia, de los soldados y los menestrales, de los rufianes y los pajes de la corte?

Poco hacia que las representaciones teatrales habian dejado de llamarse *farsas* y *farsantes* los cómicos. Poco hacia que el teatro español solo contaba con los dialogos de Rodrigo de Cota y las fábulas de Juan de la Encina. De aquella celeberrima novela dramática, de que se hicieron en un siglo mas de cuarenta ediciones, de aquella admirable *Celestina* nacia las comedias que iban á traer á España el siglo de oro de nuestra literatura.

Ciertamente que los primeros pasos de la dramática española, apenas abandonó la égloga y el entremés,



fueron puramente clásicos, y las traducciones de Francisco de Villalobos, Fernán Pérez de Oliva y Juan Boscan, junto con las tragedias originales de Vasco Díaz Tanco, pudieron inaugurar una escuela literaria digna de los modelos griegos que imitaron. Pero ni esto era lo que necesitaba aquella sociedad novelesca y dada á lo maravilloso, ni todos los ensayos clásicos hubieran dado á las letras españolas el esplendor que los millares de comedias escritas sin sujeción alguna desde Malara y Juan de la Cueva hasta Cañizares.

A la falta de protección en los monarcas y al gusto público viciado por los libros de caballerías, atribuye Moratin en sus *Orígenes del teatro español*, la decadencia de este, apenas había comenzado á encumbrarse. Pero aparte de que ni las tragedias griegas y latinas acomodadas bien ó mal á nuestro idioma, ni las que imitando á Eurípides y á Plauto se escribieron, formaban teatro nacional, nos atrevemos á asegurar, aun en contra de la opinión del eruditísimo Inarco, que no al poco aprecio de los soberanos ni a la corrupción del gusto se debe la pérdida de los primeros elementos clásicos de la escena española, sino á un sentimiento desconocido é inesplicable en el vulgo, que sin dejarse llevar de leyes y sin atender á aquellas razones que parecen más lógicas y exactas, admite y aplaude lo que está en consonancia con las necesidades de su época y con las circunstancias de las escuelas ó ideas que acepta como buenas.

¿Qué hubieran sido Lope, Calderón, el fraile de la Merced, Alarcón y Rojas, preceptistas severos, escritores aristotélicos y dramáticos horacianos? ¿Cómo hubiesen podido crear las mil obras de sus ricas fantasías, encerrándolas en los estrechos límites que inventa por lo general la falta de inspiración? ¿Cómo hubieran salido de la pluma de Lope de Vega sus mil ochocientas comedias, en las que tanto brillan, según las palabras del mismo Moratin, su exquisita sensibilidad, su ardiente imaginación, su natural afluencia, su oído armónico, su cultura y propiedad en el idioma, su erudición y lectura inmensa de autores antiguos y modernos, su conocimiento práctico de caracteres y costumbres nacionales?

En Inglaterra ¿habrían brillado Shakespeare y Spenser sin la independencia de su escuela, mejor dicho, si hubiesen tenido escuela? ¿Valen más los franceses Corneille y Racine, escritores clásicos, que Calderón y Rojas, dramáticos lírico-románticos, según después se los ha calificado? ¿Hubiese cambiado Moratin *El Médico de su honra* y García del Castañar por *Fedra* y *Horace*, viviendo estos de prestado y aquellos de la propia inspiración de sus autores?

D. Blas Nasarre, el bilioso encomiador del teatro de Cervantes, asienta la peregrina idea de que «cuando Lope empezó á escribir eran ya las comedias adultas y perfectas, y él las volvió á las mantillas.» ¿Será preciso tomar en cuenta opinión tan errada? Creemos que el ilustre manco, en cuya alabanza está escrito aquel agravio á Lope, basta para contestarle.

Hablando Cervantes por boca del canónigo, en la segunda parte del *Quijote*, censura ágríamente la falta de arte con que se escribían las comedias, y llama la atención sobre el buen éxito que tuvieron entre los discretos algunas tragedias representadas años antes. Hace referencia á un representante que escuchaba su opinión, y la de que el no ponerse en escena buenas obras, con la excusa de que al público no agradaban sino las de *artificio*, no era culpa del vulgo que pide disparates, sino de aquellos que no saben representar otra cosa, y dice: «A mi parecer, le dejé algo confuso, pero no satisfecho ni convencido.» Esto en Cervantes significa que no estaba él mismo muy contento con aquella razón. Que sabía y conocía las reglas, fuera absurdo negarlo en ingenio y erudición como los suyos. «Y no tienen la culpa desto, añade hablando del mismo asunto,

los que componen las comedias, porque algunos hay dellos que conocen muy bien en lo que yerran y saben estremadamente lo que deben hacer.»

Y ¿por qué él no lo hizo, si tan profunda era su aversión á las comedias de la época? ¿Por qué fué el que más disparatadas las escribió? Cervantes que decía: «El que escribe necedades dadas á censo perpétuo,» y que hace esclamar al licenciado Vidriera, cuando un estudiante le pregunta si es poeta, «hasta ahora ni he sido tan necio ni tan venturoso,» ¿por qué dió al teatro sus comedias, de las que ni una sola se halla sujeta á reglas, olvidando, como dice Moratin, lo que sabía para acomodarse al gusto del vulgo y merecer su aplauso?

Sencillosísima es la contestación. Porque á pesar suyo y á pesar de los discretos de su época y de los críticos de las posteriores, entonces no podía ni debía existir otro teatro, porque de entonces eran las apariciones fantásticas, los hechos absurdos, los anacronismos inconcebibles, las representaciones semi-paganas, semi-católicas, las concepciones exageradas, las figuras grotescas y las creaciones ingeniosas é inverosímiles. Porque de entre todo este caos había de salir tanta luz que alumbrase durante dos siglos la literatura dramática de Europa entera. Porque el vulgo, á quien llama Lope *necio*, al aplaudir cada día una de sus obras, sabía por intuición que el Fénix de los ingenios, hablando en *necio para darle gusto*, había de ser quizá el primer poeta dramático de los siglos modernos, y el creador, el sostenedor, el padre del teatro español, lo que de seguro no hubiese logrado haciendo lo que poco después Corneille y Molière, que á pesar de sus artes y de su incuestionable talento, no lograron crear mas que las cuatro docenas de sus obras, muy clásicas, muy severas, muy ajustadas á precepto, pero bien poco inspiradas, bien poco ingeniosas, bien poco originales.

En esta época, años después que Lope, vino al mundo literario Velez de Guevara.

Va hemos dicho que su primera obra dramática, ó al menos la que tiene fecha más antigua, es de 1603. Hasta este mismo año, llevaba ya impresas Lope de Vega trescientas treinta y seis comedias.

Natural era que la marcha del poeta ecijano se acomodase á la del gran ingenio su contemporáneo; que su estilo fuese el mismo, la manera de dirigir la acción idéntica y la hinchazón de las frases y lo rebuscado de los conceptos parecidos. Y así fué en efecto. Sus comedias, que se distinguen por lo feliz del pensamiento capital, por el buen manejo de los personajes y por la brillante combinación de las escenas, podían á veces pasar por de Lope de Vega. Su versificación es en ocasiones tan fluida y tan armoniosa, tiene tanto lirismo, que solo con la de Calderón podría ser comparada. En alguna de sus comedias se encuentran escenas dignas de Tirso, y hay momentos en que el poeta se eleva á una altura, á que pocos en su época llegaron.

Moratin y Lista hacen figurar á Velez de Guevara entre los imitadores del teatro de Cervantes, lo que no es cierto á fé. Débesele mejor juzgar secuaz de Lope, si bien muchas veces se aparta de la escuela de su maestro para lanzarse á escribir los grandes y retumbantes dramas de *rumbo, tropel y boato*, de que nos habla Cervantes. En la comedia histórica es Velez de Guevara tan sobresaliente casi como Guillén de Castro, y en la religiosa no menos que los más aventajados dramaturgos de su época.

D. Alberto Lista, ó no tuvo presentes las obras de Guevara, ó en su estremo rigorismo hizo purgar á este los defectos de todo el teatro de los siglos XVI y XVII. Censúrale gravemente porque introdujo en la escena los personajes más heroicos de la historia, como Tamerlán, Escanderberch, Atila, Roldán y Bernardo del Carpio, y porque abusó del aparato teatral representando batallas, incendios, milagros y ruinas. De-



fecto es realmente y no pequeño, pero que con igual motivo pudo criticar en Calderon y sus célebres contemporáneos, así como su versificación gongorina, en Alarcon, mas conceptista aun que nuestro Velez.

Uno de los rasgos mas brillantes de la imaginacion de Guevara, es su facilidad en hallar recursos dramáticos, cualidad que rotundamente le niega Lista. Léanse sus comedias, y se encontrará en casi todas conducido y desarrollado el argumento de la manera mas sencilla y natural posible. En ellas el poeta rara vez apela á la casualidad ni al empleo de esos forzados elementos dramáticos, que eran muy necesarios en la infancia del teatro, y que hoy mismo son utilizados por el drama francés con ligeras escepciones. Nada de encubiertos, escondrijos ni cartas halladas, nada de equivocaciones, ni escenas á oscuras, se ve en las comedias de Velez de Guevara.

Un defecto censura en el autor del *Diablo Cojuelo* el señor Mesonero Romanos, del que vamos á hacernos cargo, aunque muy de paso, pues que este artículo va tomando proporciones demasiado grandes.

Achaca á Velez el *Curioso Parlante* irresolucion y poco acierto en las catástrofes de sus comedias, haciendo aparecer por debilidad frios y sin interés los desenlaces que mas necesitaban de esta cualidad. No podemos negar la razon en este punto al Sr. Mesonero, y solo nos contentaremos con suponer las causas que moverian á nuestro poeta á improvisar catástrofes obligadas y buscar resortes inverosímiles en aquellas obras que los tenían mas lógicos y naturales.

La primera causa que para ello encontramos está en la imitacion que nuestro autor hacia del teatro de Lope, en el que se encuentran constantemente aquellos mismos finales faltos del vigor y la energía que fueron mas tarde la gloria de Calderon. No hay muchas comedias de Lope que no tengan la accion truncada en su conclusion, por haber el poeta empleado aquellas reconciliaciones entonces tan comunes, en las que el malvado se reconocia culpable, y con la promesa de no obrar mal en lo sucesivo, era admitido en la comunión de los hombres de bien, y aun premiado con la apetecida mano de alguna hermosa dama. Culpa era del género, mas que del poeta, y si Calderon, Rojas y Ruiz de Alarcon supieron dar otro giro mas interesante, mas oportuno y hasta de mas perfecta moralidad á sus dramas, fué porque vinieron mas tarde que Lope de Vega y Guevara, porque tomaron lo bueno de estos y debian, siendo génios, inventar algo bueno tambien que mejorase el teatro de sus antecesores.

La segunda causa juzgamos que debió existir en su mismo carácter. Festivo y dado á los placeres, hallaria gran trabajo el buen juriconsulto *Quita pesares* en dejar el recuerdo de un castigo tremendo, una desgracia sentida, una catástrofe sangrienta en el ánimo del público, y por eso echaria mano de aquellos arreglos suyos, que hicieron perder á alguna de sus obras el mérito relativo, sin quitarlas el absoluto. Solamente en *Reinar despues de morir* y en *Mas pesa el rey que la sangre*, se encuentran desenlaces dignos de ambas comedias.

Hemos dicho que Calderon y Rojas tomaron lo bueno de Lope y Velez, así como de otros contemporáneos ó predecesores suyos. Y fué esto de tal manera en algunas ocasiones, que pasma ver el poco ó ningun escrúpulo que tenían en plagiar á los escritores precedentes, aun antes de morir. Calderon copia casi á la letra *La Niña de Gomez Arias* de Velez y Rojas, se inspira en *La Luna de la Sierra* para su *García del Castañar*; y no solo se inspira, sino que aprovecha el pensamiento de Velez, el lugar de la accion, los personajes de la comedia y casi la accion misma. Cambia los nombres, versifica nuevamente, aunque con mas fluidez, trueca el desenlace, y queda hecho un nuevo drama de la comedia de nuestro poeta..... ¡Y esto vivien-

do Guevara! Tan comunes eran entonces semejantes plagios, que ni una sola vez se encuentra desavenencia entre dos autores por tal causa, ni se toma siquiera el usurpador la molestia de confesar en unas líneas el hurto cometido.

Algunos ejemplos mas podriamos traer de comedias de Velez, cuyos asuntos sirvieron despues á otros poetas, pero lo hacemos solo con las dos indicadas, porque son las que para este mismo objeto cita el Sr. Mesonero Romanos, y en cuestiones trascendentales preferimos apoyarnos en la opinion ajena, cuando es ilustrada, que en la pobre nuestra.

No entraremos al exámen particular de algunas comedias que nos quedan de Luis Velez, sin confesar que tiene defectos de consideracion en medio de las bellezas, casi desconocidas de la crítica moderna, que aglomera en sus obras dramáticas. Defectos, no de gusto, como cree Lista, ni de escuela, como tal vez supone Moratin, ni de abuso de ingenio, como galantemente dice el Sr. Mesonero, sino de raciocinio, de idea, de exactitud, de pensamiento, quizá de época. Velez apropiaba su gusto escénico al de sus contemporáneos, al peculiar de principios del siglo xvii, luego no faltaba á él poniendo en el teatro los absurdos mas incomprensibles. Imitaba á Lope, cuyas obras le dieron el título de Fénix de los ingenios, luego siguiendo las huellas de Lope seguia la, al parecer, mejor escuela: ya hemos dicho que era la mas apropiada al tiempo y á las necesidades de la escena. Velez, finalmente, combinaba con maestria el plan de una comedia, trazaba con galanura caracteres difíciles y sabia calcular el efecto dramático, luego no pecaba de descuidado ni se dejaba llevar de su privilegiado talento.

Los defectos en que incurrió Guevara eran los mismos defectos de su carácter sin duda alguna. Provenian de la misma causa, que á no dudar del hecho, le impulsó á provocar la risa del tribunal que le escuchaba cuando quiso defender un crimen sin defensa posible. Velez no podia menos de sacrificar el interés de una narracion al placer de intercalar un chiste, ni comprendia tal vez que existen en la vida momentos en que la gravedad no debe ser interrumpida. Pintó las grandes pasiones con rasgos acomodados á ellas, pero vulgarizó sus pinturas por acudir al concepto y á la alegoria. Mezcló á las galas de un lirismo nada comun las mas rastreras frases y los vocablos menos cultos, y esto con intencion y no por descuido. En medio de un arranque de poetica valentia tuvo la debilidad de introducir una soez baladronada, tal vez para alcanzar por medio de ella un aplauso ó una sonrisa de aquel público especial. Manchó, en fin, el magnífico manto de su gloria, como hicieron, cual mas cual menos, todos los poetas dramáticos de los siglos xvi y xvii. Si el génio de cada uno de aquellos escritores no hubiese sido tan grande, sus lunares se harian mas de notar, pero ¿quién censura por tales defectos á los creadores de tantas bellezas?

FEDERICO VILLALVA.

## CANTO DE MOISES Y LOS ISRAELITAS

DESPUES DEL PASO DEL MAR ROJO.

(Traducido del hebreo.)

- 1 Canto á Ihowah que se ostentó sublime  
Lanzando al mar caballo y caballero:
- 2 Mi fortaleza es él, él mi alabanza,



- El mi alegría, él es mi Dios, le ensalzo;  
Dios de mis padres él, le glorifico:
- 3 Ihowah, varon de belicoso empuje,  
Ihowah su nombre:
- 4 Carros y falanges  
De Faraon y principes selectos  
En mar Bermejo fueron sumergidos:
- 5 Cubriéronles abismos, como piedra  
En abismos cayeron:
- 6 Admirable  
Ihowah, la fuerza de tu diestra, hueste  
Contraria destruyó:
- 7 Tus adversarios  
Postraste en la grandeza de tu gloria,  
Tu ira estalló, tragóles como paja:
- 8 Aguas amontonáronse á su soplo,  
Cual líquidas montañas se pararon,  
Simas profundas en el mar hirvieron:
- 9 Perseguiré y alcanzaré y la presa,  
El enemigo dijo, partiremos,  
Mi alma se saciará, la espada mia  
Desnudaré y esgrimirá mi brazo:
- 10 Pero soplaste en el coraje tuyo  
Y cubriéronle piélagos; cual plomo  
Fué sumergido en impetuosas aguas:
- 11 ¿Quién como tú, Ihowah, quién entre fuertes?  
En santidad ¿quién como tú gigante?  
¿Quién como tú merecedor de cantos?  
¿Quién autor como tú de maravillas?
- 12 Estendiste tu diestra, al enemigo  
La tierra se tragó:
- 13 Guió estas jentes  
Y redimió misericordia tuya,  
Tu fortaleza á tu morada santa  
Estas jentes llevó:
- 14 Pueblos oyeron  
Y esos pueblos airáronse, amargura  
Las almas invadió de Palestina:
- 15 Fueron de Edom entonces conturbados  
Los principes, temblores los valientes  
Sintieron de Moab, quedaron yertos  
De Chanaan los habitantes todos:
- 16 En la grandeza de pujanza tuya  
Miedo sobre ellos y pavores caigan,  
Hasta pasar tu pueblo, hasta que pase  
Pueblo feliz, Ihowah, que redimiste:
- 17 Le llevarás y plantarás en monte  
De tu heredad, lugar de tu morada  
Ihowah que construiste, Señor mio,  
Santuario que tus manos afirmaron:
- 18 Ihowah, por siempre reinarás, por siempre.

TIMOTEO ALFARO.

## EL BALSAMO DE LAS PENAS,

NOVELA ORIGINAL,

por Doña Angela Grassi.

## II.

Aun no estaba hecho el malhadado lazo, cuando llamaron á la puerta. Virginia se puso vivamente encendida. Sentía en el alma que un extraño presenciase el desórden del aposento. Cogió atropelladamente los objetos esparcidos sobre las sillas, entornó el balcon y corrió á abrir, ostentando en su semblante los subidos matices de la rosa.

Eugenio entró con su aire alegre y desembarazado de la víspera.

Dirigióse á Nicolás, aprisionado como siempre en su jaula y le dió un beso. En cuanto á Virginia, apenas se apercebíó de que se hallaba á su lado.

—Hola! dibujas: dijo mirando los papeles que el niño tenia delante de sí.

Nicolás meneó tristemente la cabeza y bajó el rostro confuso.

—Si tal, dijo Eugenio examinando los papeles, hay aqu bastante idea!

—¿Lo creéis, caballero? dijo Lorenza que habia salido del gabinete, cerrando la puerta tras de sí.

—Entiendo algo en pintura, y os puedo asegurar que este niño manifiesta las mas brillantes disposiciones.

Los ojos de Nicolás despidieron rayos de alegría.

—¿Quién es su maestro? repuso Eugenio con el mas vivo interés.

Lorenza suspiró.

—Nadie! dijo con tristeza, yo bien hubiera querido; pero nos ha sido siempre imposible! Sobre todo porque él se distrajera..... Como no puede salir..... ni dedicarse á nada.

—¿Pues qué es lo que tiene?.....

—Escrófulas..... el sistema nervioso debilitado.....

—Oh! pero esas enfermedades son muy conocidas, y con los baños de mar.....

—Ah! sí, los baños de mar, eso es lo que le recetan todos los médicos.....

—¿Y no lo ha probado?

Lorenza bajó los ojos y lanzó un profundísimo suspiro.

Aquel dolor mudo de una madre que vé languidecer á su hijo, que conoce acaso los medios de salvarle y no puede proporcionárselos, hizo una honda impresion en Eugenio.

—Cuánto tiempo hace que murió el doctor? preguntó con voz conmovida.

—Doce años!

—¿Cuánto habreis sufrido, señora! Parece imposible que hayais tenido fuerza para sobrellevar vuestra desdicha.

—Oh! no he sido muy desdichada, dijo Lorenza sonriendo dulcemente. Durante la enfermedad de mi marido, mis hijos y yo solo pensábamos en aliviar sus males, en ofrecerle algunas distracciones, y una sonrisa suya y el testimonio de nuestro propio corazon, nos recompensaban con usura de nuestros sufrimientos. Era una generosa lid, en la cual todos nos disputábamos el premio de la victoria, y la victoria era contribuir en algo al bienestar de aquel á quien tanto amábamos. Claudio era el mayor: tenia diez y ocho años..... todo lo abandonó por encerrarse en las cuatro paredes de su casa. Dejó sus amigos, sus placeres por consagrar toda su existen-



cia á su desgraciado padre!.... Todas las mañanas salia con él del brazo á dar un corto paseo.... Todas las noches pasaba hasta las dos ó las tres leyéndole cosas agradables que divirtieran sus dolores.

Cuando su padre empeoró, cuando postrado en la cama perdió casi la razon, juntamente con la elasticidad de sus miembros, Claudio se prestaba á todos sus caprichos, sufría pacientemente todas sus sinrazones, le cuidaba con la tierna solicitud con que una madre cuida á su hijo enfermizo y pequeño! Bendito sea mi Claudio! El nos prestaba aliento á todos, él endulzaba los últimos momentos del moribundo con inefables consuelos, él se centuplicaba y se hallaba en todas partes en donde la necesidad era urgente. Su padre murió bendiciéndole.

¡Ah! quién sabe si algun dia mi Claudio cometerá alguna grave culpa; pero Dios tendrá siempre en cuenta que ha sido muy buen hijo!

Calló Lorenza un breve instante: la conmocion la ahogaba.

—Murió mi esposo, prosiguió con voz entrecortada, y parece que su muerte ha estrechado los lazos que nos unian. Somos cinco y formamos solo un alma. Aquí no hay mas que un deseo y una opinion. Me basta emitir una idea, para que mis hijos participen de ella; les basta demostrar un deseo, para que yo me apresure á realizarlo.

Como la desgracia no nos priva de lo mas indispensable, siempre estamos contentos, y la paz ha cimentado su trono en nuestra casa.

Qué de delicados sacrificios! Qué de recíprocas atenciones! Qué alegría, cuando tras muchas noches de trabajar á escondidas, Virginia puede regalar á sus hermanos el mas insignificante objeto! Qué felicidad la de Claudio, cuando puede venir, trayendo triunfante en sus manos un ramillete de flores para dárselo á su hermana! Y descendiendo á cosas mas pueriles, el dia que hay un ligero principio en la comida, es un verdadero dia de fiesta, todo contribuye á causarnos un inocente júbilo. Qué bello es un rayo de sol tras una noche lúgubre de invierno! Cuántos encantos tiene una pequeña diversion, tras muchos dias de trabajo!

Creedlo: los placeres conquistados con privaciones son mas vivos, mas intensos.

El que está acostumbrado á bebidas amargas, halla mucho mas agradables los licores, que el que ha estragado su paladar con el frecuente abuso.

He carecido casi siempre de todas las comodidades de la vida, es cierto, pero tengo hijos buenos y virtuosos y el placer de no haber cometido jamás una mala accion. Si nos hieren los golpes del destino lloramos juntos, y juntos buscamos los medios de resistirlos.

Los mas pequeños dones de la Providencia nos trasportan de alegría, cada uno mas por lo que respecto á los otros, que por si mismo porque aquí todos darian la vida por todos. Es verdad que sufrimos crueles privaciones, es verdad que tememos el porvenir, es verdad que destroza el alma ver sufrir seres queridos y no poder darles alivio; pero como nuestra desdicha no es merecida y como esperamos en la Providencia, procuramos acatar con resignacion sus decretos. Así pues, yo que soy pobre, yo á quien el mundo considerará como muy desgraciada, bendigo no obstante á Dios, y no quisiera trocar mi suerte con otra mujer, por rica que fuese, que no tuviera paz en su casa, seres que la amasen, ni amor en su corazon!

Eugenio escuchó en silencio este prolijo discurso hecho con injénua sencillez, y se sintió vivamente conmovido.

Lorenza era de elevada estatura, y tenia la dignidad de una reina, ó mas bien la majestad, que resplandece en las imágenes de la Virgen soberana.

En sus facciones marchitas se veian aun las huellas de una

admirable belleza, y los blancos cabellos que adornaban su frente, formaban con el brillo de sus negros ojos el mismo raro contraste que forman las floridas laderas del monte con la nieve que cubre su pelada cima. Su voz era dulce: su palabra elocuente y persuasiva. Inspiraba al mismo tiempo veneracion y ternura.

En su conversacion solia mezclar muchos proverbios, costumbre de los que tienen ideas fijas y principios invariables, y su dulzura era templada por una enérgica firmeza. Avasallaba al par que seducía.

Eugenio tenia la cabeza henchida de aire, y el corazon formado de oro. Todo lo bueno y lo noble le impresionaba vivamente, solo que una nueva impresion venia á borrar la antigua, y hacia estériles sus impulsos generosos. Mientras estaba bajo el dominio de una idea, era capaz de sentir cuanto hay de mas sublime en la tierra. Al oir á Lorenza, sus ojos se inundaron de lágrimas.

El recuerdo de su viejo padre, de su bondadosa madre, abandonados en su solitaria mansion por unos vanos placeres y una gloria ficticia, destrozó su alma. Comparó su conducta á la de Claudio, y tuvo vergüenza de sí mismo. Por la vez primera desde que estaba en Madrid recordó todos los encantos de esa vida íntima, y casi sintió envidia de aquellos infelices á quienes tanto compadecía pocos momentos antes.

Su conmocion fué tan profunda, que un velo de tristeza oscureció su riente fisonomía.

Por fortuna Claudio salió del gabinete en aquel instante.

Venia sonriendo, porque al mirarse en el espejo, no se habia parecido tan feo como de costumbre.

Tendió su mano á Eugenio y le pidió perdon por haberle hecho esperar.

—He aprovechado muy bien estos instantes, dijo Eugenio con galantería inclinándose ante las dos mujeres.

En seguida se despidió y salió con Claudio.

—En efecto, tiene razon Nicolás, dijo Virginia con despecho así que los vió alejarse, ni siquiera se ha dignado mirarme una sola vez!

—¿Te pesa? preguntó el niño en voz baja.

—Siempre nos aflige el vernos desatendidos!

—Y no obstante, esa es la suerte que á mí me espera! murmuró Nicolás con tristeza.

Hubo un momento de silencio: luego sus ojos se iluminaron con un relámpago de fuego. Se incorporó vivamente y gritó con entusiasmo.

—Venga mi caja de colores! venga mi lapiz! vengan mis papeles!

—¿Quieres ser pintor! dijo Virginia sonriendo.

—Dios lo sabe! exclamó Nicolás con voz solemne.

Mientras tanto, los dos jóvenes atravesaban la calle Ancha de San Bernardo y entraban en la de Silva. Como era temprano para hacer presentaciones, Eugenio condujo á su amigo á una fonda, donde almorzaron perfectamente. Luego subieron á un carruaje y dieron un largo paseo, parando por último frente á una casa de magnífica apariencia, situada en la Carrera de San Gerónimo. Eran las tres. Subieron al cuarto principal y llamaron. Varios criados salieron á abrir é introdujeron á los dos recién llegados en un gabinetito azul, al cual conducian tres magníficos salones, alhajados con un lujo esquisito.

En el gabinete se hallaba una jóven sentada delante de un bastidor. Estaba bordando un cuadro de sedas, y los lirios que brotaban de su aguja, solo podian compararse en blancura con sus mejillas. Imposible era imaginar una belleza mas celestial y poética, solo que parecia ostentar en su melancólica frente el sello de una prematura desdicha.

Y sin embargo no era así, Genoveva, hija única del ban-



quero mas rico de Madrid, nunca habia tenido otra ley que su capricho.

Nacida en la abundancia, halagada por una próspera fortuna, siendo constante objeto de las generales atenciones, parecia que nada podia faltar á su ventura, y no obstante, habia mucha tristeza en su mirada, y hondos suspiros se escapaban involuntariamente de su seno.

Hacia algun tiempo que como cada dia se iba aumentando su tristeza y el color mate de sus mejillas, su padre habia llamado á su casa á los mejores facultativos. El terrible nombre de tisis fué pronunciado en voz baja, y fueron puestos en juego todos los recursos de la ciencia para conjurar el terrible mal.

Pero Genoveva se iba debilitando cada vez mas, y cada vez parecia estar mas triste.

Y no es que su descontento se manifestase con caprichos extravagantes ó arranques de mal humor, no era que se negase á concurrir á los bailes y paseos, no, sino que Genoveva asistia á ellos sin tomar parte alguna, y demostraba una glacial indiferencia hácia todas las diversiones.

A veces por sus mejillas corria una lágrima.

—¿Por qué lloras? la preguntaban sus numerosas amigas.

—No sé, decia Genoveva sonriendo, ¡oh! no hagais caso, esa es una disposicion de mi espíritu, y lloro sin causa alguna.....

Por lo demás, su carácter era dulce y apacible, sus aspiraciones modestas, su corazon generoso.

No podia creerse que una pasion contrariada fuese el motivo de su tristeza, por cuanto aunque su matrimonio era de los que se llaman por razon de estado, ella habia escogido libremente al esposo entre cuantos la presentaron. Y en verdad que no pocas mujeres podian estar mas satisfechas de su eleccion, porque Eugenio era su prometido, y Eugenio, á su bello aspecto, á su titulo, á su inmensa fortuna, reunia una brillante celebridad literaria, y era por consiguiente tratado en todas partes con consideracion y respeto.

¿Cuál era, pues, la secreta cruz de Genoveva, supuesto que todos hemos de tener alguna?

Hé aquí lo que se preguntaban en voz baja con maligna satisfaccion sus envidiosas amigas.

No obstante, si Genoveva hubiese tenido á su lado un corazon sensible y delicado, hubiera resuelto al instante el misterioso problema.

El amor es al alma lo que el rocío á las flores. Las flores sin riego se agostan y desfallecen; el alma perece, sino está vivificada por el sentimiento que es su sávia fecundadora. ¡Ay del corazon que no ama! ¡Ay del corazon que no es amado! La vida sin amor es un árido desierto. El que no está iluminado por la mágica luz del amor, es como el que camina á tientas por un lóbrego subterráneo, sin saber á dónde vá, no oyendo mas que el silbido de las serpientes que se enroscan por las paredes. Colocaos delante de un estereoscopio. Si el aposento está á oscuras, ¿qué veis? ¡Nada! Sin embargo, el paisaje está delante de vuestros ojos; pero traed una luz y contemplareis con embeleso los frondosos árboles, las peñas agrupadas, por las cuales se precipita una catarata que inunda el valle de aguas transparentes y los bellos cambiantes de las nubes. ¡El que no ama, Luisa mia, es un pobre ciego! ¡Para él el cielo no tiene fulgores, las flores matices, ni belleza los paisajes!

Y no hablo del amor, tal cual lo entiende el vulgo; ese amor de los sentidos que se reconcentra en un determinado objeto, sino de ese amor sublime que nos enseñó Jesucristo, de ese amor que nos inspira cada átomo de la creacion, cada uno de nuestros hermanos.

De ese magnánimo sentimiento, que unas veces toma el nombre de amistad, otras de caridad, otras de benevolencia;

pero que es siempre el mismo, inmenso, imperecedero, sublime, vida del alma, ser de su mismo ser, fuente de todas las delicias de la tierra, manantial de todas las delicias que nos esperan en el cielo.

Genoveva no amaba ni era amada, y por esto el alma de Genoveva se extinguía.

No habia conocido á su madre, muerta al darla á luz, y su padre, á quien todos designaban como hombre de bien, dividia su tiempo entre unos amores ilícitos y las azarasas combinaciones de la Bolsa.

Estos dos graves negocios habian absorbido su existencia y secado su corazon. No obstante, el mundo encomiaba su virtud y le citaba como el modelo de los padres, porque daba una esmerada educacion á su hija, esto es, la rodeaba de toda clase de maestros, y porque habiéndose podido casar con el objeto de sus amores, no lo hacia por no dar á Genoveva una madrastra. Y el mundo se equivocaba, porque donde veia abnegacion solo habia egoismo. Mendoza era muy amante de sus comodidades y de la paz doméstica, y temia si se casaba, introducir en su casa un elemento de desorden que alterase esta paz y le proporcionase sinsabores. Temia al mismo tiempo que el objeto de su amor se ensobreciese, y como su educacion no era demasiado escogida, hallaba mas cómodo y mas satisfactorio para su orgullo, conservar el derecho de arrojarla de su lado siempre que quisiera.

Por supuesto, que esto eran ilusiones de su amor propio y su egoismo, porque se arrastraba como un esclavo á los pies de su ídolo, y ella mandaba en su casa como un tirano absoluto.

No habia mas diferencia, sino que Genoveva en vez de llamarla madre la llamase la *señora*; pero por esto no dejaba de estar sujeta á todas sus exigencias y caprichos. Ella determinaba de qué color debian ser sus vestidos, sus muebles y hasta marcaba, sin saber apenas leer, los autores que debia estudiar.

Y no paraba en esto, sino que Mendoza, encantado de que el mundo proclamase su virtud, por no querer dar madrastra á su hija, se valia, hacia ya veinte años, de este pretexto para combatir las asechanzas matrimoniales con que le acosaba su adorada, y esta, creyendo ver en Genoveva un estorbo á sus deseos, la odiaba cordialmente, y se complacia en mortificarla. Cuando queria conseguir alguna cosa, fingia una terrible escena de celos, se quejaba amargamente de que su amante prefiriese su hija á su amor, y la consecuencia de estas escenas turbulentas, era siempre que Mendoza procurase mostrar un desvío indiferente á la pobre Genoveva.

En cuanto á los criados, que jamás se engañan sobre cuál es la persona á quien deben adular, reservaban todas sus atenciones para la *señora*, y se apresuraban á servirla, aun á costa de desatender á su verdadera ama.

La *señora* era en aquella casa como el titiritero que mueve, por medio de alambres invisibles, los muñequitos, y regula todas sus acciones. En casa de Genoveva nada se hacia que no dimanase de la *señora*, y no obstante, esta tenia el buen tacto de quedarse siempre en un término tan escondido, que no se acertaba á divisarla. Pero aquel yugo, aunque cubierto de flores, no dejaba de ser muy pesado para la pobre niña, que crecia sola y sin el afecto de su padre, que era el único que debia ampararla y comprenderla.

El sueño dorado de la *señora*, era que Genoveva se casara cuanto antes, y tanto el aya, como las doncellas que la rodeaban desde la edad de doce años, solo habian sabido hablarla de casamiento y hacerla notar las perfecciones del esposo que cada cual apadrinaba. Así habia elegido á Eugenio.

La educacion de Genoveva, formada por criados y maes-



tros, solo estribaba en la educación intelectual, y su pobre alma gemía entre tinieblas.

Su padre era un hombre de este siglo, cuya moral se limitaba á procurarse á sí mismo todas las mayores satisfacciones posibles, sin causar perjuicio á nadie. Es decir, que había enseñado á su hija que no obrase el mal; pero sin decirle que era además indispensable hacer el bien.

A Genoveva, pues, no la habían enseñado á ser compasiva con sus semejantes, á amar al prójimo como á sí misma, y la pobre niña, buena por instinto, por instinto tierna y amorosa, languidecía falta de amor, languidecía en medio de la soledad del alma, del tédio del espíritu. Cuando pasaba por delante de un pobre andrajoso y sentía conmoverse su corazón, cuando iba á entregarse al noble impulso de arrancarse sus joyas para remediar aquella desdicha, oía la voz severa de su padre que decía:

—¡Todo eso es farsa! ¡que trabajen!

O bien la de su aya que murmuraba en su oído:

—Dejad, señorita, vos no debéis rebajaros acercándoos á esos pordioseros!

Y quedaba suspensa, sintiendo helarse en su corazón aquel soplo de caridad divina, que la hubiera regenerado.

No obstante, su padre había querido que ingresase en una sociedad de señoras que ejercían la caridad por moda y por ostentación; pero aquella caridad practicada á la luz del sol y á la vista de millares de espectadores, no podía satisfacer las secretas aspiraciones de su alma.

Y seguía languideciendo siempre, careciendo de estímulo para la vida. El amor hubiera podido prestarle aliento; pero por desgracia su primer amor era Eugenio, y Eugenio, además de rico, hermoso y adulado, era de un carácter lijero, y Genoveva, de carácter reconcentrado, bondadoso, pero altivo; Genoveva, que lo daba todo al amor, y lo negaba á la indiferencia, veía con amargo desconsuelo, que su prometido esposo estaba muy lejos de poder labrar la felicidad de su existencia.

Y cada día se replegaba mas en sí misma, y cada día iba aumentándose su languidez y su tristeza.

Los médicos declararon que su enfermedad era incurable, y que tocaba ya en el último periodo.

Sin embargo, la Providencia velaba por ella, y halló el remedio donde menos podía esperarlo.

Un día su aya estaba enferma, y salió á paseo en coche con su doncella, muchacha de veinte y dos años, franca, alegre y habladora. Era día de fiesta, y la doncella, privada de salir sola á paseo, y que tal vez tenía alguna cosa que buscar en las orillas del Manzanares, instó á Genoveva para que se dirigiese á aquel sitio.

—Dónde tú quieras, dijo la joven, recostándose negligentemente en los almohadones del coche, y entrecerrando los ojos. Como el hastío estaba en su alma, lo llevaba á todas partes y le eran indiferentes todos los objetos.

Llegaron al Canal. El coche rodaba magestuosamente por entre los árboles seculares que le sirven de verde bóveda, y la doncella sacaba casi todo el cuerpo fuera de la portezuela, como si buscara alguna cosa.

—No habeis de estar mala, señorita, dijo por fin con impaciencia: ¡siempre encerrada entre cuatro paredes, siempre recostada en almohadones! Aunque los almohadones sean de pluma y las paredes revestidas de damasco, no por eso dejan de aprisionar y debilitar el espíritu; ¿queréis que bajemos?

—¡Sino puedo andar!

—¡Apoyada en mí! ¿Queréis probarlo? ¡Vamos, señorita, dadme gusto, y vereis cómo os sienta bien!

Genoveva se levantó, y ambas bajaron del coche; pero la pobre joven tenía razón. Aun no hubo dado diez pasos,

cuando tuvo que detenerse jadeante, y apoyarse en el tronco de un árbol.

Había conocido perfectamente la intención de la doncella, y sentía privarla de su gusto, ya que era tan dichosa que hallaba placer en algo.

Genoveva, buena y complaciente, hizo un esfuerzo, y dió algunos pasos mas; pero tuvo que detenerse de nuevo.

—Anda tú, dijo entonces á la doncella, yo voy á sentarme debajo de este árbol, y aquí te esperaré. No importa que tardes; cuando esté cansada llamaré.

La doncella se hizo de rogar un poco; pero luego partió como una flecha, y Genoveva pudo verla á lo lejos hablando con un sarjento.

La joven se sonrió tristemente. Ella también amaba á Eugenio: ¿por qué le veía partir sin pena? ¿por qué le volvía á recibir sin placer?

La tarde era poética y tranquila. El aura rizaba apenas las verdosas aguas del río, y sus mansos suspiros se mezclaban con el ligero rumor de las hojas, que se balanceaban en el aire, y el gorjeo de los pájaros amantes, mientras el sol se escondía cual un globo de fuego, entre las crestas del Guadarrama.

El sitio era solitario. De vez en cuando pasaban algunas misteriosas parejas, cuchicheando en voz baja, y el ruido confuso de sus voces se mezclaba á la voz monótona de un anciano ciego que cantaba no muy lejos al son de su guitarra.

Genoveva no fijaba la atención en nada, y permanecía con los ojos entrecerrados, casi dormitando.

De repente oyó un ruido de pasos precipitados. Abrió los ojos sobresaltada, y vió á dos jóvenes de distinto sexo que se venían persiguiendo, pero dando gritos de alegría.

El joven llegó el primero á acojerse á un árbol, no muy distante del que daba su sombra á Genoveva, y exclamó batiendo las palmas con infantil alegría:

—Yo he ganado la merienda! yo la he ganado, Virginia!

—Porque has echado á correr antes de tiempo! dijo la niña que llegaba jadeante.

—Quieres que volvamos á jugarla?

—No, estoy cansada y tengo hambre! Saca el pan y el queso; compraremos las naranjas.

Ambos se sentaron en el suelo, sobre la húmeda yerba, desdoblaron una servilleta, y contemplaron casi con éxtasis su frugal merienda.

Pero cuando empezaban á comer, el joven se detuvo.

—En qué estás pensando, hermano? exclamó su compañera.

—En ese pobre ciego que está pidiendo una limosna. Tal vez no le hayan dado nada en todo el día, porque hay tantos que tienen oídos y no oyen!

Genoveva se puso encendida de rubor y ocultó su rostro detrás del abanico.

—Tienes muchos deseos de comer las naranjas, hermanita mía?

—Vaya! hace toda una semana que las espero!

—Es que si no fuera por eso, daríamos los seis cuartos á ese pobre viejo. ¡Se pondría tan contento!

—Pues mira, dáselos! Nosotros tenemos pan y queso.

El joven se levantó lleno de júbilo, y Genoveva vió que sus ojos brillaron con una expresión de placer sublime.

Al cabo de un instante, volvió dando el brazo al pobre y andrajoso ciego.

—Mira, dijo dirigiéndose á su hermana, dice que no ha comido hoy mas que un poco de pan, y que los cuartos le vendrán bien para completar el pago del alquiler de su pobre chirimbitil. Yo le he convidado á merendar con nosotros.

La joven lanzó un suspiro y arrojó una mirada pesada sobre sus escasas provisiones.



Pero al instante recobró su sonrisa.

—Lo partiremos como hermanos, dijo.

No teneis familia? le preguntó la joven.

—Tres hijos tuve y una esposa muy amada, dijo el viejo suspirando; pero el mayor fué á la guerra y murió peleando. Mi esposa le quería como quieren las madres, y le siguió á la tumba. El otro hijo quiso tentar la suerte y se embarcó para América, sin que hallamos vuelto jamás á saber de él, y mi hija, casada con un hombre vicioso, es una pobre mártir que solo á fuerza de trabajos y penalidades, sostiene á sus seis hijos, de los cuales, el mayor no pasa de seis años. Yo fui maestro de escuela de Alcovendas, en mis buenos tiempos. Luego vino la orden que los maestros debían tener título, estudié para adquirirlo, y quedé ciego. Nada más; esta es mi historia.

Los dos jóvenes lloraban y se miraban el uno al otro.

—¡Qué lástima que seamos tan pobres! murmuraron ambos á la par.

—Dios estima en tanto el óbolo del pobre, como la moneda de oro del rico; yo siento un inefable placer al oír vuestro deseo! exclamó vivamente el ciego.

—¿Pedís siempre limosna en este sitio? preguntó vivamente el joven.

—Siempre!

—Mi hermano es la esperanza ilimitada! añadió la niña sonriendo, siempre espera que mañana ha de ser mejor que hoy!

—Dios es padre, hija mia, exclamó con dulzura el viejo, yo no sabía esta tarde qué partido tomar, y mi buena suerte os ha traído hasta este sitio! Bendito sea Dios! Benditos seáis, hijos míos!

Genoveva sintió que sus párpados secos, se humedecían y que una lágrima caía sobre su mano abrasada con el fuego de la calentura.

Los dos jóvenes y el mendigo hablaron largo tiempo. El sol se había hundido completamente en el ocaso, y la luna había aparecido como una blanca nubecilla en el cielo.

—Es tarde! es muy tarde! murmuró la niña.

Su hermano acompañó al viejo hasta el sitio en donde había dejado su guitarra, y luego volvió apresuradamente.

—Te pesa que no hayamos comprado las naranjas? dijo á la niña.

—¡Oh no! he pasado una tarde deliciosa! siento una cosa en el corazón, que me llena de alegría!

—¡Ah quién pudiera ser rico para imitar á Dios, y esparcir el bien á manos llenas! exclamó su hermano.

Cuesta tan poco hacer dichosos! Ya lo veo! Somos bien pobres, y no obstante, esos seis cuartos, fruto de nuestra economía, que nosotros íbamos á malgastar, tal vez impedirán que ese pobre viejo tenga que abandonar su miserable albergue! y qué felicidad hacer que nuestra vida sea útil á los demás y remediar sus males!

—¿Ves Virginia? ese río salpica con sus perlas los árboles vecinos, las flores ofrecen su cáliz al insecto amante, hasta la brisa esparce en torno los perfumes que recoge entre sus alas. Todos los seres de la creación, se apresuran á ofrecer á los otros seres sus tesoros, en vez de encerrarlos en sí mismos, y pudiéramos decir que la naturaleza es un gran comercio, en donde todos los átomos se combinan, se modifican; en donde todos concurren al bien de todos, para formar esa armonía sublime que distingue á la creación.

¡Mal haya el segador que cierra su mano para que las infelices espigadoras no puedan recoger ni una sola espiga, ó por mejor decir, desdichado de él! ¡Desdichado del que pasa

por delante de la desventura ajena y cierra los ojos; desdichado del que se tapa los oídos para no oír los quejidos del infortunio; desdichado de él, Virginia, porque semejante á los condenados del Dante, jamás podrá vislumbrar la luz del cielo, jamás podrá experimentar una alegría verdadera!

Hablando así, los jóvenes habían doblado cuidadosamente la servilleta, esparciendo antes las migas del pan al pié de un árbol, sin duda para que sirvieran de alimento á los pajarillos.

En efecto, la joven exclamó riendo:

—Verás mañana, como se las disputan! Pobres pájaros, como cantarán de contento al recogerlas!

—Si vieras, dijo su hermano, cuando estoy en el campo, cuando veo esos árboles cimbrar su alta copa, cuando oigo los mil murmullos de la naturaleza, que se apagan en lontananza, cuando contemplo esos hermosos cambiantes de la bóveda azulada, siento que el alma se abrasa de amor hacia todos los seres de la naturaleza, ó mas bien, hacia Dios que los ha formado, hacia Dios que vela como un amoroso padre por cada uno de los átomos mas leves! Aquí mi espíritu se remonta hacia él, siento y creo con un ardor inusitado, y hay una fuerza dentro de mí, que me impulsa á postrarme de rodillas y á adorarle, como le adoran los astros y las rocas, las fuentes y las flores!

—¡Pueden bien, oremos, hermano mio, roguémole por nosotros, roguémole por nuestra madre!

Ambos se arrodillaron, con las manos juntas sobre el pecho, con las mejillas encendidas, con las miradas fijas en el cielo.

Otra lágrima cayó de los párpados de Genoveva; pero ¡ay! que quiso balbucear una plegaria, y no supo formular ninguna. ¡Desdichada! ¡no la habían enseñado á orar! ¡cómo podía ser dichosa!

Pero no lloró ella sola, los dos jóvenes también lloraron; pero el ángel del consuelo debió bajar en pos de su pura oración, porque al terminarla sonrieron.....

Luego, enlazaron ambos su brazo, y se dirijieron á la población, cantando en voz baja una trova melodiosa.

Genoveva quedó sola.

Entonces se levantó rápidamente, y ¡cosa extraña! se dirigió casi sin respirar, hasta el sitio en donde se hallaba el mendigo.

Miró recelosamente en torno de sí. La doncella estaba muy lejos, y el coche parado á bastante distancia. Genoveva dejó caer en las manos callosas del viejo un bolsillo lleno de oro.

—Para vuestra hija y sus seis niños pequeñuelos, murmuró en su oído.

Y volvió corriendo al sitio que ocupaba antes, mientras el viejo poblaba el aire con sus fervientes bendiciones.

Genoveva estuvo un rato pensativa, con la mano puesta sobre su palpitante seno.

—¡Tienen razón, murmuró en voz baja, esto hace bien, mucho bien! ¡Nunca he experimentado un placer tan puro! ¡Cómo no me han enseñado á divertirme así! ¡Cómo no se divierten así todos los ricos!

¡Qué alegre está el pobre viejo, y qué alegre está la campiña! Todos esos pequeños seres aman, porque son chispas de la inteligencia divina.

¡Todos debemos amarlos, porque son la imagen de Dios sobre la tierra!..... ¡Y Dios debe existir, sí! Comprendo su existencia, por la sublime y desconocida alegría que invade todo mi ser! ¿Qué es esta llama suave que corre por mis venas? ¿Qué soplo divino es este que siento agitarse y revivir dentro de mi pecho?... ¡Es el alma que estaba muerta! Mi alma divina, inmortal, que anhela remontarse al cielo, y visitar los jardines eternos; el alma que se ha embriagado por



primera vez con el néctar de los goces espirituales, y trasportadas de placer parece querer romper las cárceles de mi pecho!... Gracias, Dios mío! Ya no me es indiferente la vida! puedo y quiero consagrarla á mi hermano!... Ya comprendo esos amantes murmullos de las aguas, esos quejidos de la brisa, esa armonía de la creación! Ya he recobrado la vista del alma! los oídos del espíritu!...

(Se continuará.)

## REVISTA DE MADRID.

Desde nuestra anterior REVISTA, el teatro ha alcanzado gran favor con motivo de la nueva obra de D. Adelardo Lopez de Ayala, titulada *El Tanto por ciento*. Esta comedia, que cuenta ya diez y siete representaciones sucesivas, ha llamado extraordinariamente la atención pública.

Como el entusiasmo general ha ido tan allá con el autor de *El Tanto por ciento*, que se trata nada menos que de regalarle una corona de oro, y conferirle otras distinciones aun mas honoríficas, que nos reservamos, creemos oportuno abstenernos por ahora de manifestar la opinion que hemos formado de la citada comedia, prometiendo á nuestros suscritores dedicarla un artículo especial, tan luego como la obra del Sr. Ayala sea leída y vista con mas calma é imparcialidad.

Al mismo tiempo que *El Tanto por ciento*, se estrenaba en el teatro de Novedades un drama en tres actos, titulado *Luz divina*, primero de autor incógnito, y despues de un nombre que creemos anónimo. La importancia de la obra representada en el Principe ha hecho pasar desapercibido el drama de Novedades, que á un pensamiento elevadamente filosófico reúne condiciones literarias no despreciables. Es un drama caballeresco, que fué pésimamente interpretado, y que por esta razon y por la de haberse cerrado el coliseo de la plaza de la Cebada, no ha llegado á ser ni conocido ni juzgado.

En este mismo teatro, y antes que *Luz divina*, se puso en escena un drama bíblico nominado *El Corbunan*, verdadera y pobre *inocencia* de un hombre, á quien hasta el día todos consideraban, y á quien hoy todos censuran. Respetemos su desgracia.

Los dos teatros de zarzuela han seguido exhibiendo el cúmulo de producciones nuevas en uno y dos actos que tenían anunciadas. Hemos perdido la cuenta de las zarzuelas, juguetes, pasos, disparates y monólogos lírico-dramáticos estrenados en la última quincena, y afortunadamente tambien hemos perdido la memoria de todas estas *obrejas*, pues nos parecería enfático el título de obras que las diésemos.

Ni una siquiera ha podido fijar la atención del público; todas han *pasado*, cuando no han sido recibidas de una manera estrepitosa. Mal camino lleva la zarzuela de perpetuarse en nuestro teatro, y á fé que no sabemos de ello quién tenga la culpa: tal vez el género.

Los artistas de ambos teatros se esfuerzan en vano por dar vida á composiciones que no la tienen, y de las

que ni el músico ni el poeta han sabido hacer obras dignas de la escena.

Ha seguido el Teatro Real atrayendo una numerosa concurrencia, gracias á los cantantes que en él han hecho este invierno las delicias de la culta sociedad. La señora Lagrange ha tenido en estos dos últimos meses el feliz privilegio de ser la favorecida con los aplausos de *i amatori*, y en verdad que muchos merecía. Como actriz y como cantante, ha alcanzado triunfos legítimos. *Norma*, *Hernani*, *Lucia*, *La Sonámbula*, *Rigoletto*, han sido sus campos de victoria.

Carrión, nuestro compatriota, tan calumniado por algunas jentes que no merecen la honra de ser sus paisanos, ha secundado con notable maestría á la señora Lagrange en *Lucia* y *La Sonámbula*, y aunque en *Norma*. creen algunos, que no ha llegado á la altura en que se colocó en las primeras, y dan para ello, como causa, lo difícil del Polion; nosotros juzgamos, sin pasión, que no desmereció en la inmortal obra de Rossini los aplausos que alcanzó en las anteriores. Fraschini en *Hernani* y *Rigoletto* ha cantado como sabe y como puede.

Terminará la temporada del Teatro Real sin haberse puesto en escena la obra del príncipe Poniatowski, *Pietro di Médici*; pero es probable que la veamos aun antes de terminar el año.

Los *dilettanti* reclaman del empresario del coliseo de Oriente que en la temporada venidera contrate á Mario para que cante con Mad. Lagrange, ya escriturada; si Mr. Bagier accediese á las súplicas de los aficionados, y aquel rey de los tenores quisiera y pudiese venir á Madrid, quedarían del todo satisfechas las aspiraciones de los concurrentes á la ópera italiana. Haga cuanto pueda el Sr. Bagier, que mucho se puede con dinero y voluntad.

Dos circos ecuestres se disputan este verano los triunfos hípico-acrobáticos de sus atletas y Amazonas. Price, con su antigua compañía, variada y aumentada, reúne en su espacioso local á los amantes de los juegos peligrosos y los saltos mortales. Los tres clowns del circo de Recoletos, Hubert-Meers y Mad. Adams, llaman extraordinariamente la atención, por sus chistes y cabriolas aquellos, el intrépido Meers por sus tres trapecios y sus vuelos, y la última por sus trabajos en la cuerda.

Ciniselli, portador de cincuenta caballos y de buena gente que los monte, no deja de ser favorecido en el estrecho circo de Paul, en que tienen lugar ejercicios ecuestres de lucimiento y dificultad estremos.

Los paseos reúnen ya á las niñas y pollos que antes acudían á los conciertos y bailes de buen tono, y las tertulias de confianza se trasladarán pronto al salón del Prado, en donde continuarán al aire libre hasta que la época de los baños y de los viajes vaya dispersando á los ricos y desocupados, y queden solo disfrutando de los menguados atractivos veraniegos de la corte aquellos á quienes la fortuna escasa ó las muchas ocupaciones impiden salir siquiera hasta Carabanchel ó la Granja.

Entretanto se abren nuevos cafés serios, se prepa-



ran otros y se aumentan los líricos, dando así mayor ensanche y mas comodidad á los que sin tener afición á las tertulias caseras no las quieren tampoco en los paseos.

No se refiere en los círculos altos ni bajos aventura ó escándalo alguno que sean dignos de contar, y solo la política y los anuncios de crisis motivan todas las conversaciones.

La corte sigue en Aranjuez, y no vendrá á Madrid hasta el restablecimiento completo de la infanta doña María de la Concepcion, cuya vida ha estado, segun parece, en peligro. Con este motivo, los jardines de aquel real sitio están menos animados que de costumbre, y los paseos por aquellas frondosas arboledas carecen del encanto que en años anteriores les han prestado nuestras mas lindas cortesanas.

En cambio de esto, la romería de San Isidro en la villa coronada, atrajo un inmenso gentío. El buen patron de Madrid se ha portado á las mil maravillas con sus paisanos; ha dispuesto que el cielo no se significase con aguas ó nubarrones, ha llamado junto á las áridas cercanías de su ermita á las mas seductoras niñas de la corte, y todos hemos podido cantar alabanzas y beber licores en honor del *santo bendito*.

El tribunal supremo de Guerra y Marina ha fallado en la causa seguida á D. Fernando Useletí por muerte dada á D. Juan José Tapia en la calle del Almendro de esta corte. En vez de confirmar el fallo del tribunal inferior, que condenaba á Useletí á veinte años de presidio, le ha sentenciado á cadena perpétua, contra el dictámen del fiscal del mismo tribunal supremo que pedia la confirmacion. Doña Encarnacion Muñoz, origen primitivo del asesinato, habia contraído matrimonio dias antes de verse la causa con el procesado. Dios les haga bien casados ya que no otra cosa.

Hablaremos de bibliografía en la REVISTA del número próximo.

Por todo lo no firmado,

El secretario de la redaccion, MANUEL MURGUÍA.

## PUNTOS DE SUSCRICION.

MADRID. Librerías de D. C. Bailly-Bailliére, calle del Principe, número 11.—D. Leocadio Lopez, calle del Carmen, núm. 29.—D. Jose Cuesta, calle de Carretas, núm. 9, y en la administracion del periódico, calle de la Magdalena, núm. 38. principal.

EN PROVINCIAS. *Albacete*. D. Ramon Sebastian Perez, librería.—*Alicante*. D. Felipe Gil, calle de la Princesa, núm. 17.—D. Pedro Ibarra, calle Mayor, librería.—*Almería*. D. Antonio Cordero, y D. Mariano Alvarez y Robles, librerías.—*Avila*. D. Francisco Garcés, librería.—*Badajoz*. D. Getónimo Orduña, librero.—*Barcelona*.—D. Antonio Nasch, Rambla de Sta. Mónica, núm. 4, entresuelo.—D. Juan Oliveres, calle de Escudillers, núm. 57.—D. José Ginesta, calle de Jaime I, núm. 3, librería.—Sres. Sala hermanos, calle de la Union, núm. 5, papelería.—D. Juan Maspon, calle del Conde del Asalto, núm. 39, 3.º.—*Bilbao*. D. Tiburcio de Artuy, librería.—*Burgos*. Sr. Revilla, calle de la Paloma, librería.—*Cádiz*. D. Abelardo de Carlos.—*Revista Médica*.—*Castellon de la Plana*. D. Juan Maria de Soto.—*Ciudad-Real* Don Perfecto Acosta, calle de Toledo, núm. 33.—*Córdoba*.

D. Francisco Lozano, calle de la librería, número 63, librería.—*Coruña*. D. Miguel Fernandez.—*Cuenca*. D. Pedro Mariana, librería.—*Cáceres*.—D. Francisco Zancado, Almacén del papel en el portal del Llano.—*Gerona*.—D. Felipe Constans.—*Granada*. D. José Ventura Sabater.—*Guadalajara*. D. Manuel Lopez Pastor, calle Mayor Alta, núm. 5.—*Huelva*. D. Nicolás Dominguez.—D. Francisco Rosado y Doria.—Don José Redondo.—*Huesca*. D. Juan Carderera, administrador del periódico titulado *El Alto Aragon*, calle del Coso.—D. Felipe Martos Febrer, Plaza de Santa Maria, núm. 2.—*Jaen*. D. José Antonio Lontero, calle de Compañía.—*Las Palmas*. Librería de Urquija.—*Leon*. D. Ricardo del Arco.—*Lérida*. José Sol, librería.—*Logroño*. D. Francisco Iniguez.—D. Domingo Ruiz, librería.—*Lugo*.—D. Celestino Marti, Plaza del Campo, núm. 8.—*Málaga*. D. Francisco de Moya librería.—*Murcia*. D. Antonio Molina, librería, y Fermin Guirao, librería.—*Orense*. D. Robustiano Perez de Santiago, calle de la Fuente del Rey, núm. 6.—*Oviedo*. D. Manuel Alvarez, librero.—*Palencia*.—Sres Gutierrez é hijos, librería.—*Palma de Mallorca*. D. Miguel Pons y Barrutia, frente al Horno de Capuchinos, núm. 36, principal.—*Pamplona*. D. Regino Bescansa, librería.—*Pontevedra*.—D. José Vilas, librero.—*Salamanca*. D. Clemente de Ferrater, Plaza de la Verdura, núm. 54, librería de Oliva.—D. Diego Vazquez, calle de la Rua, librería.—*Segovia*. D. Pedro Aguado, D. Eugenio Alejandro, D. José Martin, calle del Real, librería.—*Santander*.—D. Clemente Maria Riesgo, librería.—*Sevilla*. D. Enrique Adame, calle de Tetuan, ante de los Colcheros, núm. 24.—Señores hijos de Fé y compañías librerías, misma calle núm. 19.—*Soria*. D. Rafael de Vera, calle del Conde de Gomara, núm. 5.—*Santa Cruz de Tenerife*, Señores Bonet, hermanos, librería.—D. Luis Marin, calle de San Juan, número 11.—D. Juan N. Romero, calle de la Luz, librería.—*San Sebastian*. D. Ignacio Ramon de Baroja, librero.—*Tarragona*. D. Antonio Puigrubi y Canals, librería.—*Teruel*.—Vicente Mallen, librería.—*Toledo*. D. Juan Antonio.—Imprenta de Cea.—*Valladolid*. Sres. hijos de Rodriguez, calle de Orates núm. 51, librería.—*Valencia*. D. Juan de Leyva, calle del Molino de Robella, núm. 9.—Centro general de suscripciones, Caballeros, 1.—*Vitoria*. D. Juan Alvarez Vigil calle del Prado núm. 12, cuarto 3.º.—D. Bernardino Robles, librería.—*Zamora*. José de Jesus Conde, calle de San Andrés, núm. 6.—*Zaragoza*. D. Vicente Andrés, calle de la Cuchillería núm. 42, librería.

EN EL EXTRANJERO Y ULTRAMAR. *Paris*, Mme. Déné Smith, rue Fabar, 2, entresol.—*Londres*, H. Baylliére.—*Bordeaux*, Chaudmas.—*Berne*, Dalp.—*Bruxelles*, Tircher.—*Buenos-Aires*, Lucieu.—*Copenhague*, Hoest; G. A. Reitzel.—*Francfort-Sur-Le-Main*, *Hambourg* y *Munich*, direction des postes.—*Florence*, Molini.—*Havre (Le)*, Lemale.—*Habana*, Sres. Charlain y compañía: D. Augusto Font y Fatjó, oficinas del Monte Pio Universal.—*Lyon*, Marius Conchon, rue Impériale, n.º 15.—*Lisboa*, Silva, Junior, Melchiades.—*Marsella*, Cambin, freres.—*Méjico*, Morales y Burxog.—*Nápoles*, Aubry en Boutteaux Marghiéri, Dura Mirelli New-York, Baylliére.—*New-Orléans*, Hebert.—*Genève*, J. Cherbuliez.—*Pesth*, Emie.—*Puerto-Rico*, Sr. de Acosta; don José Maria Sanchez y Enriquez.—*Rio-Janeiro*, Pinto y compañía; Rome, P. Merle.—*Stockolmo*, Bonier.—*Santiago de Cuba*, D. M. Perez Dubrill.—*Toulouse*, Ginot y Privat.—*Turin*, Boefial, freres, Marietti.—*Varsovie*, Natanson.—*Vienne*, Geroldet

Editor responsable, D. MANUEL MARTINEZ.

MADRID, 1861:

Imp. de la CRÓNICA DE AMBOS MUNDOS, á cargo de R. Berenguillo Magdalena, 38 principal.